

Miguel Márquez

en nuestra memoria



Miguel Márquez en nuestra memoria

©Universidad de Cuenca

Autores: Vilma Bojorque Iñiguez, Pablo Cordero Gulá, David Acurio Páez, Ernesto Cañizares Aguilar, Manuel Peña Escobar, Martha Rodríguez Jaramillo, Gladys Eskola Torres, Rodrigo Yépez Miño, María Eliza León Vintimilla, Patricio V. Márquez Loyola, Jaime Breilh Paz y Miño, Alberto Quezada Ramón, Rosendo Rojas Reyes, Edgar Rodas Andrade, César Hermida Bustos, Rodrigo Fierro Benítez, Edgar Pesántez Torres, Edgar Ponce Iturriaga.

David Acurio Páez

Compilador

Marcos Sempértogui Cárdenas

Gestión editorial

María Augusta Hermida Palacios

Rectora de la Universidad de Cuenca

Juan Leonardo Espinoza

Vicerrector Académico

Monserrath Jerves Hermida

Vicerrectora de Investigación e Innovación

Vilma Bojorque Iñiguez

Decana de la Facultad de Ciencias Médicas

David Acurio Páez

Director General de Vinculación con la Sociedad

David Achig Balarezo

Director de la Comisión de Publicaciones de la Facultad de Ciencias Médicas

Segunda edición revisada

El presente documento, por su naturaleza y su fin, cuenta con el seguimiento de un equipo interno y no ha sido arbitrado por pares externos bajo el sistema doble ciego.

Los criterios vertidos en este documento son de absoluta responsabilidad de sus autores y no representan el criterio de la Universidad de Cuenca.

Índice

Presentación, segunda edición	3
--	----------

Vilma Bojorque Iñiguez

Presentación, primera edición	7
--	----------

Pablo Cordero Gulá

Introducción	9
---------------------------	----------

David Acurio Páez

I

Repasos en la memoria: vida y legado de Miguel Márquez

Mis encuentros con el “Masho”	13
--	-----------

Ernesto Cañizares Aguilar

Maestro, militante por la vida y la salud de los pueblos de las Américas	16
---	-----------

Manuel Peña Escobar, Martha Rodríguez Jaramillo

Pasión por la salud colectiva como derecho	20
---	-----------

Gladys Eskola Torres

Más allá de las tantas fronteras	25
---	-----------

Rodrigo Yépez Miño

Un legado en la Medicina Social	28
--	-----------

María Eliza León Vintimilla

II

Para Miguel: cartas y reflexiones

Mi padre, asesor, maestro	33
Patricio V. Márquez Loyola	
Carta al “Masho Márquez”	39
Jaime Breilh Paz y Miño	
¡Recuerdos del Maestro!	41
Alberto Quezada Ramón	
En su honor	46
Rosendo Rojas Reyes	
Pinceladas de mis recuerdos	49
Edgar Rodas Andrade	
Tributo a un visionario	52
César Hermida Bustos	

III

Editoriales y notas

Redoble por Miguel Márquez	58
Rodrigo Fierro Benítez	
Muere el “Héroe de la Salud”	60
Edgar Pesántez Torres	
Boletín de la Embajada Ecuatoriana en Cuba	62
Edgar Ponce Iturriaga	

Presentación, segunda edición

Miguel Márquez Vázquez nació el 23 de marzo de 1934, en Cuenca. Se graduó en nuestra escuela de Medicina con la tesis titulada “Estudio de la citología de cuello uterino en relación con el diagnóstico precoz del cáncer en esta localización”. Fue alumno y discípulo del primer médico Rector de la Universidad de Cuenca, el Dr. Leoncio Cordero Jaramillo. Se especializó en Anatomía Patológica en la Universidad de Antioquía, y en Biología Molecular y Microscopía Electrónica en la Universidad del Valle, Colombia, en 1964.

El profesor universitario cambiaría radicalmente su visión del microscopio de los genes y células al estudio detallado del tejido humano, del cual fue apasionado idealista por la justicia y transformación. Hablamos de un diseñador y constructor del cambio social en la salud.

En 1966 acompañó al Dr. Timoleón Carrera, cabeza de la Facultad como su subdecano. Sin imaginar su inesperada partida en diciembre de 1967, asumió entonces la conducción de Ciencias Médicas en momentos convulsos y de cambios en Latinoamérica y el mundo. Pero, no permaneció mucho tiempo en el Decanato, su alta capacidad de trabajo y su espíritu emprendedor y modernizador lo llevaron a Quito como el primer Secretario Ejecutivo de la naciente Asociación Ecuatoriana de Escuelas y Facultades de Medicina del Ecuador, AFEME, para impulsar el desarrollo de la educación médica y en salud, en el país.

Gladys Eskola Torres, profesora fundadora de la carrera de Enfermería y subdecana de la Facultad de Medicina de la Universidad de Cuenca, lo recuerda con esta memoria compartida en los siguientes términos:

...alto, joven, de voz serena y mirada aguda, cercana... Hombre de aquellos que son escuchados porque invitan a hablar con libertad, sin invadir ni ordenar desde su autoridad. Médico de aquellos que comparten las verdades múltiples para cuestionarlas o deconstruirlas desde un liderazgo colectivo.

Esa sensibilidad y respeto al otro, que bien apunta Gladys, eran visibles para todos. Esto nos remite a su presencia, cosechando parte de sus siembras desde la sencillez de los grandes, cuando en 1973 asistió a

la graduación de la primera promoción de enfermeras que cambiarían para siempre las prácticas de salud en la ciudad y en la patria.

De Ecuador para Latinoamérica, tras su exitoso recorrido por AFEME, otras tierras reclamarían su contingente. Continuaría así una preparación rigurosa y humana, en lucha por concretar sus sueños, por una salud al alcance de todos con énfasis en las poblaciones vulnerables. De 1972 a 1974, la Organización Panamericana de la Salud, OPS, y la Organización Mundial de la Salud, OMS, le permitieron al maestro y salubrista una preparación cabal en planificación de Recursos Humanos en la sede de la OPS. En 1984, en Ginebra, realizó estudios avanzados en Planificación y Administración de la Cooperación Externa en la OMS, y en 1987 se especializó en el Centro de Estudios del Desarrollo, CENDES, en Venezuela.

Márquez ingresó al Servicio Civil Internacional en la Organización Panamericana de la Salud y trabajó en el área de Desarrollo de Recursos Humanos hasta 1979 como colaborador en Panamá, México, República Dominicana, Ecuador, Brasil y Venezuela. En 1979 fue designado representante de OPS/OMS en Nicaragua donde se desempeñó hasta 1989, y luego cumplió iguales funciones en Cuba hasta 1996.

Su pensamiento es eterno y sus discípulos llevan el legado de un trabajo profundo. Uno de ellos, el Dr. David Acúrio Páez, Director General de Vinculación con la Sociedad y docente de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Cuenca, compiló en 2014 una serie de relatos que rinden justo homenaje a la memoria de Miguel Márquez. Hoy, para revitalizar su legado, ponemos en vuestras manos su segunda edición.

Este documento incluye una semblanza sobria de la persona en la historia, así como cálidos saludos al maestro de personajes de la talla de Jaime Breilh, Ernesto Cañizares, Rosendo Rojas, Alberto Quezada, Edgar Rodas, Gladys Eskola, Rodrigo Yépez, César Hermida, Manuel Peña, entre otros. En su sección final, se incorporan notas editoriales de 2014.

El 7 de enero de 2003, el H. Consejo Universitario, presidido por el Dr. Jaime Astudillo Romero, consideró al distinguido exalumno, exdocente y exdecano, quien desde la Patología abrió nuevos caminos para una más profunda indagación sobre las causas de la enfermedad

y la muerte; formó en sus alumnos un espíritu crítico y desarrolló una fecunda labor de auténtica investigación científica. Atendiendo a un deber moral de las instituciones de reconocer los méritos de quienes, con su labor y su talento, las dignifican y las enaltecen, el Consejo resolvió perennizar su memoria mediante la convocatoria a un concurso anual de investigación en el posgrado de Ciencias Médicas que lleva su ilustre nombre.

Para la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Cuenca, es un honor y una obligación sentida resaltar las cualidades naturales de un salubrista egregio y un médico social en toda la dimensión de la palabra. Educar con ejemplos de paradigmas que superan la historia, como Miguel Márquez Vázquez, es una responsabilidad que la Facultad asume con orgullo.

Vilma Bojorque Iñiguez

Decana de la Facultad de Ciencias Médicas (2024)



Miguel Márquez recibe la medalla de oro Carlyle Guerra de Macedo - Nicaragua, 1983.

Presentación de la primera edición

Han transcurrido más de 40 años desde que el Dr. Miguel Márquez Vázquez dejó de ser docente de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Cuenca. Sin embargo, sus múltiples iniciativas, su incansable actividad y su labor en el área de la salud en América Latina proyectan su presencia de manera fuerte y actual en nuestra institución, la cual hoy le rinde un póstumo homenaje.

El 3 de febrero de 2014 falleció en La Habana, República de Cuba, el distinguido médico cuencano. Fue profesor de Patología Estructural, Decano de la Facultad de Ciencias Médicas, fundador de AFEME y ANEME, consultor de la OPS en Guatemala, representante de la OPS/OMS en Nicaragua y en Cuba, “Héroe de la Salud” y profesor honorario de la Facultad de Ciencias Médicas.

Hoy intentamos recoger, en relato, el recuerdo de momentos vividos por distinguidos colegas —unos sus alumnos, otros sus compañeros, otros sus colaboradores, pero todos ellos sus amigos— que compartieron con el Dr. Miguel Márquez el tiempo, el espacio y la pasión por la salud.

Esta publicación no tiene pretensiones biográficas; es solo un recuento de algunos de esos hechos que quienes los vivieron desean relatarlos ahora. Gracias por hacerlo.

Pablo Cordero Gulá

Decano de la Facultad de Ciencias Médicas (2014)

Introducción

La extensa producción científica y académica del Dr. Miguel Márquez podría ser motivo suficiente para revitalizar su memoria y recuperar su aporte a la salud y el bienestar. Sin embargo, las decenas de artículos y libros parecerían menores a la luz de su dedicación y compromiso con los procesos sociales, reflejados en su búsqueda constante por la equidad social y la formación del talento humano en la salud.

Muchos de sus contemporáneos recogen la figura casi mítica del hombre amable, capaz de convertir los sueños en realidades tangibles, y embarcar en esos viajes trasmutantes a varios otros, aunque para eso sea necesario acompañar sus insomnes paseos reflexivos. Miguel bien podría estar a la altura de Rudolf Ludwig Karl Virchow, quien, siendo biólogo y fundador de la patología, también fue parte esencial del nacimiento de la medicina social europea.

Más allá de haber construido la Asociación de Facultades, AFEME, y la Asociación Nacional de Estudiantes de Medicina, ANEME, su enorme vitalidad para articular la salud con el pensamiento crítico instaló nuevas formas de comprender y emprender la práctica médica. Durante la década de 1970, el trabajo de Miguel Márquez —junto con Juan César García en Argentina y María Isabel Rodríguez en El Salvador— impulsó la Medicina Social Latinoamericana; sus acciones, expresadas a través de la investigación, las publicaciones, becas y las reuniones denominadas Cuenca I y II, marcaron el camino del movimiento de la medicina social que hoy conocemos, un campo fértil del cual aún tenemos cosechas frescas.

Si bien tuve referencia de sus escritos y hazañas a finales de los años noventa, cuando lo conocí, vi tras la enorme barba blanca, acorde con su estatura, la representación viva de la generación de luchadores inmarcesibles, sedientos de justicia social y comprometidos con la salud colectiva.

La segunda edición de “Miguel Márquez en Nuestra Memoria” recupera valiosos tramos en su caminar por las causas sociales desde el ámbito de la salud. A partir del sentir de colegas, amigas y amigos

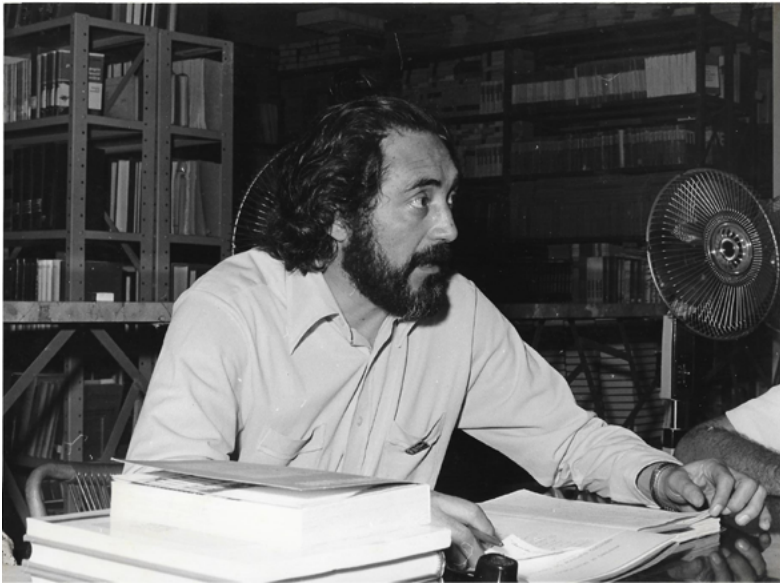
cercanos, que permiten entrever entre las ranuras de sus voces los episodios íntimos de la vida de Miguel, nos aproximamos a momentos clave que marcaron su carrera médica y su legado a la colectividad. Desde sus primeros pasos en la medicina hasta sus logros más destacados, cada narración revela no solo su dedicación y pasión por su profesión, sino también el impacto perdurable que ha dejado en el campo de la salud en América Latina.

Su sabiduría, proveniente de la experiencia de la lucha popular y desde la perspectiva de la salud pública, en la cual renegaba el rol médico de “intermediador burocrático”, junto con su incansable labor por el bien común, inspiraron mis propios caminos. El “Masho”, como muchos de nosotros lo llamábamos, se convirtió en un referente de la salud colectiva con la que nos comprometimos, y cuya enseñanza merece todo el honor y la difusión.

David Acurio Páez
Director General de Vinculación con la Sociedad



Repaso en la memoria:
vida y legado de
Miguel Márquez



Miguel Márquez, en La Habana, Cuba, 1989.

Mis encuentros con el “Masho”

Ernesto Cañizares Aguilar

Timoleón Carera Cobos fue el primer decano de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Cuenca con una inclinación política de izquierda, considerando el contexto de la época. Fue elegido en 1966 por la Honorable Junta de Facultad con 17 votos a favor, superando los 13 votos obtenidos por Leoncio Cordero Jaramillo, quien ya había sido decano en tres períodos anteriores. Carrera era conocido como un buen hombre, músico de la orquesta de médicos, estricto profesor, gran médico, laboratorista y gremialista. Contribuyó con los primeros “pininos” en la investigación clínica en nuestra recoleta ciudad de los cuatro ríos. Inesperadamente, el 30 de noviembre de 1967, mientras asistía a un congreso médico en Guayaquil, sufrió un infarto que acabó con su vida. Desde 1969 se otorga una presea con su nombre para honrar anualmente a sus colegas.

Con su partida, había que nombrar un sucesor que siguiera sus pasos; los adustos profesores junto con los representantes estudiantiles, con gran mayoría, eligieron a un jovencito con 26 votos a favor y apenas cinco en contra. Le apodaban “Masho”, que en lengua morlaca significa “mariposa grande y negra”, apelativo usado popularmente para los de su familia paterna. Miguel Márquez Vázquez había nacido en Cuenca en 1934, es decir, tenía 33 años en ese momento. Como subdecano fue nombrado Rubén Darío Solís, quien iniciaba una función directiva en la facultad que continuaría hasta más allá de traspasado el siglo.

Alrededor de un año estuvo el “Masho” al frente de la centenaria facultad, sin desperdiciar ni un día ni un segundo en una taquipsíquica actividad en la que no importaba la hora, incluso en las frías madrugadas andinas, para visitar a sus amigos y dialogar sobre temas administrativos, médicos o políticos que perturbaban su sueño. Fue poco tiempo para la obra que sembró para siempre, marcó un hito indeleble y colocó la primera piedra de la nueva facultad, que desde entonces se convirtió en un referente indispensable.

En 1968, Miguel se fue a Quito para hacerse cargo de la secretaría ejecutiva de AFEME, la asociación que agrupaba a las facultades de medicina del país, y que bajo su dirección (igual que luego bajo la de Rodrigo Yépez) tenía voz cantante y decisiva en las políticas de formación de los médicos del país; era voz fuerte y representativa en foros nacionales e internacionales.

El 1 de abril de 1969, circuló en la vieja morgue —recinto que ocupaba entonces la facultad médica—, un intento de periodiquito estudiantil con ocho páginas impresas en mimeógrafo llamado “Pulso”. En la página inicial, la noticia más importante fue: “AEM escuchó en sesión ampliada al Dr. Márquez sobre Medicina Rural”. Al final de la amplia crónica, se publicó: “Se aprobó tomar todos los medios de presión necesarios para procurar el cumplimiento del programa elaborado por AFEME y que es producto de las aspiraciones del estudiantado de medicina consciente de las necesidades inmediatas y urgentes de nuestra patria”. Esta fue una de las locuras del “Masho”, una más entre tantas de su invaluable contribución.

En la sección “Cortes por Bisturí”, la clásica caricatura de “Pulso”, elaborada por el “Coco” (Hugo) Calle, se presenta al secretario ejecutivo rodeado de sus 758 422 694 problemas.

Tampoco duró mucho que digamos en Quito y se fue a Washington a la OPS/OMS y, más tarde a La Habana, capital de la revolucionaria isla del mar Caribe, libre y solidaria, liderada por Fidel, que muy pronto se convertiría en su amigo.

Cierto que se hizo cubano de puro amor a la dignidad de su proceso, pero a la vez nunca dejó de ser ecuatoriano y siempre estuvo atento a todo lo que ocurría en su lejana morlaquía y, en la facultad de sus recuerdos, bañada por un río ancestral.



Caricatura de Miguel Márquez, elaborada por Hugo Calle en la sección “Cortes por Bisturí”, Revista “Pulso” N° 1, abril de 1969.

Apoyó, cuanto estuvo a su alcance de funcionario internacional, la capacitación de una importante cantidad de profesionales cuencanos, entre los que se suma con enorme gratitud el escritor de estas líneas.

Mantenia correspondencia con mi maestro durante mi estancia formativa en Puerto Rico. Allí recibí una carta manuscrita fechada febrero 3 de 1977, en la que me cuenta:

Estuve hace pocos días en Cuenca y me tocó vivir la crisis de la Facultad de Medicina, la misma que explotó con la elección de Ruilova de decano y Gladys Eskola como subdecana y la renuncia colectiva de 48 profesores [...] El proceso sigue su curso y el Consejo Universitario les aceptó la renuncia, quedando la facultad con un grupo pequeño y definido [...]. La situación se presenta delicada por cuanto el grupo de protomédicos de la derecha está apropiado del Hospital y se han refugiado en él tras formar una nueva facultad ligada a la Universidad Católica. Como te darás cuenta desde “el Austro se desarrolla el Cambio Nacional”, ya que existen hombres que están dispuestos a tomar “el Cielo de Quito por Asalto” como decía don Carlitos Marx al referirse a la Comuna de París.

¡Cuántas veces más aprendí de sus lecciones! Le visitaba en su casa en La Habana siempre que volvía a la queridísima Cuba y asistía a las reuniones que se citaban cuando el “Masho” volvía a su Cuenca de siempre.

A poco de jubilarme procuré, sin lograrlo, la publicación por la Universidad de Cuenca, de uno de sus últimos escritos, que fue editado en Cuba. Se titula “Razones para la deslegitimación ético-axiológica de la globalización neoliberal” (relecturas de Stiglitz, Fidel, Chávez, Correa, Evo y García Linera). Entre sus reflexiones señala:

Pero también de la América Latina y el Caribe, del fondo de las incertidumbres, nacieron las experiencias revolucionarias socialistas de Venezuela, Bolivia y Ecuador, nuevos modelos de Gobiernos con un hondo sentido de patria y unidad que manejan principios como la solidaridad, la complementariedad y el respeto mutuo.

El presidente de la Revolución Ciudadana fue uno de los últimos que lo visitó en su lecho de muerte.

Maestro, militante por la vida y la salud de los pueblos de las Américas

Manuel Peña Escobar, Martha Rodríguez Jaramillo

“La muerte no es verdad cuando se ha cumplido bien la obra de la vida”

José Martí

La frase de Martí es totalmente aplicable a hombres de la dimensión de Miguel Márquez, militante por la vida y la salud de los pueblos de las Américas; profesor honorario de la Universidad de Cuenca, Ecuador; decano honorario de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de León, Nicaragua; profesor invitado de la Universidad de La Habana; profesor de mérito del Instituto Superior de Ciencias Médicas de La Habana; funcionario de la Organización Panamericana/Organización Mundial de la Salud (1970-1996). Mercedor de numerosos reconocimientos de sociedades científicas en América Latina, entre las que se destacan la condecoración a las Órdenes de Mérito en Salud Pública del Gobierno del Ecuador, 1998; orden “Carlos J. Finlay” del Consejo de Estado del Gobierno de Cuba, 1996; Medalla de Honor de la Organización Panamericana de la Salud, 1985; premios de la Academia de Ciencias de Cuba 1997 y 2000.

El Maestro es uno de los referentes del pensamiento de la medicina social, junto con figuras como Juan César García, Edmundo Granda, María Isabel Rodríguez, entre otros. Destaca su profunda convicción y defensa del desarrollo humano con equidad, la justicia social y la solidaridad, así como su compromiso por el acceso universal a la salud y los sistemas públicos de salud. Su dedicación al derecho a la salud y su comprensión del proceso salud-enfermedad en el contexto social son ejemplos claros de su compromiso con la medicina social. Además, valoraba el poder de la participación y movilización social para lograr este derecho.

Miguel Márquez fue un militante internacionalista que luchó a lo largo de su vida por la libertad, la equidad y la democracia. Desde la

etapa estudiantil, en la Universidad de Cuenca, se destacó como líder estudiantil. Uno de sus comunicados recoge este espíritu:

A mi reincorporación en 1964 a la vida universitaria, lleno de ideas de cambio, vinculado directamente a los movimientos estudiantiles revolucionarios, especialmente en la propia Universidad y en los sindicatos, pudimos encontrar los caminos para unirnos de nuevo con Edmundo a la vida universitaria y política [...], paso a paso se logró conformar una masa crítica, comprometida.

Miguel Márquez brindó un aporte fundamental a la salud pública regional. Trabajó 28 años en la Organización Panamericana de la Salud/Organización Mundial de la Salud, inicialmente en el área de Desarrollo de Recursos Humanos en Panamá, México, República Dominicana, Ecuador, Brasil, Guatemala y Venezuela. En 1979 fue designado representante de la OPS/OMS en Nicaragua hasta 1989, en donde se destaca su infatigable trabajo en el ámbito de la salud como puente para lograr el entendimiento, la cooperación, la solidaridad, la justicia y la paz: “... las estrategias de gestión de la OPS/OMS deben estar guiadas y orientadas hacia las personas, como la unidad básica de producción. En cuanto a las actividades de la salud y la cooperación, deben ser los propios países los protagonistas”.

Sus sólidos principios de equidad, solidaridad y justicia evidencian su compromiso con Cuba. Fue representante de la OPS/OMS entre 1989-1996, en el Periodo Especial y vigente en las tesis del socialismo, como él mismo lo planteaba.

Lideró las reflexiones críticas en salud pública, especialmente en el ámbito de la medicina social, salud y economía, planificación y políticas sociales, recursos humanos, y cooperación externa. Sus libros, artículos y ponencias sobre estos temas inspiran el quehacer actual en nuestra Organización. Son muy valiosas las recomendaciones sobre la cooperación técnica de la OPS/OMS en Cuba, recopiladas en su libro “La cooperación de la Organización Panamericana de la Salud/Organización Mundial de la Salud en Cuba – 1969-1996”. En sus conclusiones, destaca:

¹ Estrategia de gestión para la utilización óptima de los recursos de la OPS/OMS en apoyo directo de los países miembros, Organización Panamericana de Salud, 1984.

la necesidad de fortalecer la atención primaria de salud, garantizando una red donde la cobertura, la accesibilidad y la equidad no solo están a un alto nivel cuantitativo sino también cualitativo [...]. Subrayo la urgencia de abrir espacios de la epidemiología a ciencias y conocimientos de áreas afines que contribuyan a crear un pensamiento epidemiológico integral de mayor potencia analítica y capacidad transformadora [...]. Fortalecer el trabajo de promoción y divulgación en salud con un enfoque multisectorial y de participación social [...]. Continuar promoviendo investigaciones e intervenciones con carácter interdisciplinario, interprogramático e intersectorial sobre problemas de salud prevalentes [...].

Promovió grandes transformaciones que están plasmadas en sus publicaciones, en los debates y análisis conjuntos con salubristas de las Américas. A lo largo de su vida fue un defensor incansable del desarrollo humano con equidad, como un proceso inherente al ser humano que implica el crecimiento armónico de la riqueza espiritual y moral, fundamentado en principios de justicia social y solidaridad. En la propia voz de Miguel Márquez:

[...] desarrollo humano y equidad están indisolublemente unidos al ascenso en la cultura, la educación, la salud, el bienestar físico y psicológico, todo lo cual posibilitará al hombre una vida socialmente productiva y saludable y, por lo tanto, capaz de alcanzar nuevos parámetros económicos y sociales para sí, para su medio familiar, la nación y la comunidad internacional.²

Miguel Márquez defendió el derecho de las poblaciones a la alimentación, la salud, la educación y la motivación, considerándolos factores clave para la productividad. Sostenía que el propósito del crecimiento económico es el enriquecimiento de la vida de las personas y el desarrollo humano. Se preocupó tanto por las personas como individuos como por la forma en que interactúan y cooperan en las comunidades en el contexto social y cultural.

Sus análisis, reflexiones, experiencias y saberes dejan invalorable aportes, especialmente en el fortalecimiento de la Atención Primaria en Salud, posibilitando el ejercicio del derecho a la salud, el empoderamiento, la organización comunitaria, la participación social y la equidad. Pero Miguel Márquez también sobresalió por su amistad

2 El desarrollo humano desde una perspectiva integral y su proyección mundial, Desarrollo Humano Local, Universidad de La Habana, 2004

franca y sincera: llamaba a sus amigos “hermanos de la vida” y mostraba siempre un apasionamiento por el debate franco, considerando que si no hay quien piense y quien dude, no hay avance en la ciencia.

Miguel Márquez está y seguirá presente, ¡nuestro homenaje, respeto y admiración!

*Miguel no nos esperó,
se montó de apuro en el aire cristalino.
¡Así es,
se fue adelante y anduviera yo
con él
por los aires
y con los que ya se habían ido,
por allá sin tiempo ni distancias,
sin olvidos solo memoria,
de filosofías y risotadas con otros
viejos queridos
como Edmundo Granda y Juan Cesar García,
o con jóvenes como mi José Manuel,
ironizando con unos en cuencano
y con otros en porteño!
Sintiendo la dura palmada de cariño cómplice,
a ver qué hacemos con este mundo, Rubia,
hay que darle la vuelta
para que les sirva a todos
y hay que hacerlo ya,
o no nos dejan nada
¡Ni quiero imaginarme ese encuentro
con Chávez y el Che,
así es!*

Mirta Roses
Directora Emérita de la Organización
Panamericana de la Salud en 2014

La pasión por la salud colectiva como derecho...

Gladys Eskola Torres

Se acostumbra decir que las mujeres y los hombres son pasajeros en el escenario público de la vida, y que son las instituciones las que perduran. Esa es una realidad, sin embargo, inversamente, algunas personas llegan a constituirse en verdaderas instituciones, hitos históricos insoslayables dada la trascendencia social de su existencia. Una de esas personas es Miguel Márquez Vázquez, el cuencano de los sueños por la salud y la vida.

Le conocí en el primer semestre de 1968. Llegó, desde Cuenca, hasta la Escuela Nacional de Enfermería de la Universidad Central de Quito para hablar de lo que era su prioridad existencial: la vida, la salud, la organización social, la nueva educación de las profesiones sanitarias, la coordinación interinstitucional.

Se trataba de Miguel Márquez, el primer secretario ejecutivo de la naciente Asociación Ecuatoriana de Escuelas y Facultades de Medicina del Ecuador, quien había dejado su cargo de Decano de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Cuenca para organizar la oficina de su nuevo nombramiento en Quito.

Cecilia Barrera, consultora colombiana de la OPS para la educación de enfermería en el Ecuador, nos había anunciado a María Luisa Suárez, Ruth Rostonni y a mí sobre la posibilidad de la creación de una Escuela de Enfermería en Cuenca y la necesidad de colaborar en ese proyecto. María Luisa y yo éramos profesoras de la Escuela Nacional de Enfermería, con estudios en Puerto Rico y Colombia, respectivamente, y Ruth, exfuncionaria de la Misión Andina en el Ecuador, con estudios en Chile.

Alto, joven, de voz serena y mirada aguda, cercano... hombre de aquellos que son escuchados porque invitan a hablar con libertad, sin invadir ni ordenar desde su autoridad. Médico de aquellos que comparten las verdades múltiples para cuestionarlas o deconstruirlas desde un liderazgo colectivo. Llegó en compañía de Alberto Quezada,

estudiante de medicina, presidente de la Federación de Estudiantes del Ecuador-filial de Cuenca. Había un sentido simbólico tan fuerte en ese liderazgo del maestro y el alumno en la gestión emprendida.

Varias acciones fecundas se habían producido con su participación e impulso, antes de dirigir la oficina de la AFEME en Quito, como se menciona en la declaratoria de Héroe de la Salud Pública —en “El Cóndor, la Serpiente y el Colibrí”, OPS, 2002—: “la constitución de un movimiento de docentes y estudiantes en Cuenca para incidir en la coordinación docencia-servicio a nivel del Hospital San Vicente de Paúl, y procurar el cambio de la formación práctica de los estudiantes de medicina, lo mismo que la atención a los enfermos; la creación de la Asociación Nacional de Estudiantes de Medicina del Ecuador (ANEME), y la AFEME, y antes de ello, la creación del Ministerio de Salud Pública (uno de los últimos en fundarse en América Latina para sustituir al sistema de la Asistencia Social en el País)”.

Le escuché, en ese primer encuentro, hablar sobre la necesidad de urgentes transformaciones de la situación de la salud del país y de Cuenca, las condiciones de atención en el Hospital San Vicente de Paúl que urgían modernización, la obligación de dar un viraje a la educación médica, superar la visión curativa y caritativa de la atención a los enfermos, trascender al ámbito de la salud popular desde la prevención, la educación sanitaria, la protección y la rehabilitación, es decir, desde la Salud Pública. Eran sueños suyos la extensión universitaria para aportar a la salud comunitaria y a la formación social de sus estudiantes. Se refirió al derecho de mujeres y hombres, de niños, niñas y adolescentes del campo y la ciudad, a una atención de salud de otro tipo. Nos propuso participar en la creación de una Escuela de Enfermería en Cuenca.

Su discurso era parte de un sueño contagioso, perfectamente comprensible, posible de realización desde su energía desbordante y habilidad de gestor.

Lo que yo no alcanzaba a comprender era cómo un médico patólogo, que se supone tener una visión microscópica de la enfermedad, tenía una visión global de la salud-enfermedad en sentido social y político, más allá de la ciencia para los estudios de las biopsias, citologías y necropsias. Claro, él conocía perfectamente el significado de Patología, en su raíz griega: estudio de los sufrimientos, en su

vocación de “sentir la enfermedad” y de estudiar científicamente su naturaleza, causas, procesos, desarrollos y consecuencias. Miguel Márquez, el maestro de histopatología, tendería un puente para comunicar la visión morfológica e histológica de la enfermedad con la dimensión social de la vida y la salud, desde donde construyó con pasión, su pensamiento y sus obras con otros, con quienes convergen en el mismo fin desde puntos diversos.

Debía ser una carrera con nuevo enfoque, la que nos proponía, que permitiera articular en el currículo la formación curativa con la preventiva, desde el hospital, la escuela, los lugares múltiples de trabajo y la comunidad; integrar las ciencias sociales (la geografía, la historia, la sociología, la filosofía...) a las ciencias biológicas, lo mismo que la investigación y la administración en salud, el trabajo en equipo, el liderazgo profesional, la coordinación docente-asistencial. Era un reto entrar en las nuevas tendencias de la formación de los profesionales de la salud y aportar al proceso de profesionalización de la enfermería para superar el perfil tradicional heredado de su origen, traspasado a nuestra Indoamérica por la conquista.

Trabajamos la propuesta por varios meses. Debíamos someterla a discusión en Cuenca. Miguel Márquez, había logrado, con habilidad extraordinaria, que la directora de la Escuela Nacional de Enfermería, Ligia Gomezjurado, pionera de la enfermería universitaria en el país, permitiera que María Luisa y yo nos trasladáramos a Cuenca durante un semestre. Desde la Secretaría Ejecutiva de AFEME, se había previsto nuestra inicial estadía en una ciudad que no conocíamos. Era agosto cuando Miguel nos despidió en el aeropuerto de Quito.

La Escuela de Enfermería se fundó en septiembre de 1968 por resolución del H. Consejo Universitario de la Universidad de Cuenca. Volveríamos a compartir con Miguel Márquez un mismo espacio de sueños y realizaciones en agosto de 1969, luego de un año de coordinación continua, para la creación, con su apoyo y el de la Oficina Sanitaria Panamericana, OPS, la Asociación de Escuelas de Enfermería del Ecuador, de donde emergería la rectoría nacional para el desarrollo de la profesión, las políticas de educación de enfermería, los diálogos y debates en torno a las preocupaciones recurrentes de la enfermería en el país y América Latina.

Se habían multiplicado los sueños y el liderazgo por la salud y la vida que Miguel sembró en Cuenca y regó en el Ecuador. Ahí, en el Aula Magna de la Universidad de Cuenca estuvo en 1973 como testigo de la graduación de la primera promoción de enfermeras que él auspicó. Llegar a ese momento, era la síntesis de su esfuerzo y el compromiso de varios profesores de su Facultad, de líderes estudiantiles que compartieron nuestros afanes cinco años atrás, que soñaron y trabajaron como él en la extensión universitaria, en la salud comunitaria, en la organización social para una ciudadanía activa contra la exclusión y por el derecho a la salud. No me atrevo a visibilizar sus nombres en esta ocasión, pero sí a nombrar a Alberto Quezada, el presidente de la FEUE que acompañaba a Miguel Márquez, hace 45 años en la gestión para crear la Escuela de Enfermería, porque hoy recordaba: “el maestro, era uno de los pocos profesores que daba importancia a los estudiantes, que escuchaba y marchaba junto a sus expectativas [...], nos gustaba trabajar con él [...]”. Alentó el paso de una enfermera por el subdecanato de la Facultad de Ciencias Médicas en 1977-1979, hecho que suscitó controversias de clase y género. El liderazgo de una enfermera en un espacio de tradición masculina y de jerarquización de las ciencias y las profesiones, era más bien normal y esperado por quien, como Miguel Márquez, había aportado en la construcción de un pensamiento social que cuestionaba las verdades únicas y la exclusión.

En la Nicaragua de 1985, sentimos su presencia creativa en el apoyo para la realización de las Jornadas Panamericanas de Enfermería, por la Vida, la Salud y la Paz, con sede en Managua, donde Miguel Márquez se desempeñaba como Consultor de la OPS.

Libia Victoria Cerezo estaba ahí, junto a Miguel Márquez, para dar cuenta de las contradicciones sociales y de las grandes distancias, entre los países de un mismo continente, en el desarrollo de la salud, de la medicina y enfermería. Enfermera, investigadora, y alentadora crítica de los procesos impulsados por su esposo, compartía —como enfermera colombiana—, los sueños de autonomía, equidad y desarrollo científico de la enfermería. Ahí estaban las enfermeras nicaragüenses luchando por alimento, por servicios sanitarios, por la paz, lo mismo que por la investigación de la salud en la sociedad.

¡El pensamiento social en salud recorría América Latina!

En los últimos años, en La Habana, en la Cuenca patrimonial y junto a Libia Victoria, tuve la suerte de volver a ver en Miguel Márquez al salubrista del discurso afectuoso, al hombre de las utopías realizables, al Héroe de la Salud Pública, al caminante que recrea el sendero para seguir caminando con otros...

Más allá de las tantas fronteras

Rodrigo Yépez Miño

Este es un pedazo de la singular historia de un hombre muy especial, que dejó atrás el microscopio y más bártulos de la que fuera inicialmente su ciencia predilecta, la Patología, para proyectarse más allá de las fronteras de su natal Cuenca y del Ecuador, su país, erigiéndose, con el pasar de los años, en un notable ciudadano del mundo, un Héroe de la Salud Pública. Me refiero, claro está, a Miguel Márquez Vázquez, *sui generis* representante de la morlaquía que nació y se educó en Cuenca donde obtuvo su título de médico en 1958.

En Cuenca formó su primera familia, los Márquez-Loyola, de cuya unión nacieron seis hijos, todos brillantes profesionales actualmente diseminados por el mundo: Magdalena, Patricio, Fernando, Esteban, Giovanni y Ximena.

Medellín, Colombia y Santiago de Chile fueron escenarios de su formación como patólogo, especialidad a la que dedicó escasos años de su vida, a la par que ejercía la docencia en la estatal Facultad de Medicina cuencana y se ocupaba de impulsar y mantener la agrupación de Alcohólicos Anónimos de la ciudad. Tuve el privilegio de ser llamado por Miguel a colaborar en la AFEME en condición de Asistente.

Este hecho marcó el inicio de una nueva época en la vida y el trabajo de Miguel Márquez, que él mismo se había encargado de sintetizar en su obra “Encuentros con Nosotros”, editada en Cuba en 2011 con la colaboración del compañero y amigo cubano Gabriel Montalvo. Dejaré en adelante que sea el mismo Miguel quien nos guíe desde sus “Encuentros” a partir de su inserción en la OPS/OMS

El dictador José María Velasco Ibarra clausuró las universidades públicas en 1970, dejándonos huérfanos del trabajo a quienes nos habíamos encaminado por tales senderos. Ante la circunstancia Miguel emigró a Guatemala, con un contrato como asesor en educación médica de la Organización Panamericana de la Salud, OPS.

Miguel llama “Solidaridad internacionalista en Salud en las Américas 1971-1996” al primer encuentro fuera de los límites patrios, lo divide en tres “escenarios”, a saber:

- Primer escenario: inserción y trabajo en el Departamento de Recursos Humanos de la OPS. Como anoté esta misión la inicié en Guatemala. Luego se incorporó a la sede de la OPS en Washington D.C., donde —bajo la dirección de José Roberto Ferreira y la participación de María Isabel Rodríguez, José Romero Teruel y otros colegas— cumplió una labor de formación de recursos humanos y de difusión del conocimiento en todos los países de América Latina y El Caribe, una tarea sin parangón en la época. No menos de un centenar de “nuevos cuadros” fueron formados en el conjunto de los distintos países, debiendo destacar los equipos que se consolidaron en Brasil, México, Cuba y Ecuador. En términos de difusión, el paradigma fue la Revista Educación Médica y Salud, cuya edición y circulación fue lamentablemente suspendida.
- Segundo escenario: la Revolución Popular Sandinista, Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, Gobierno Constitucional de la República de Nicaragua 1972-1989. Después de su trabajo en Washington D.C., Miguel fue nombrado Representante de la OPS/OMS en Managua; trabajó hombro a hombro con el gobierno de la revolución sandinista, contribuyendo a crear el Ministerio de Salud (que no existía) y el Sistema Nacional Único de Salud de ese país, entre otras realizaciones fundamentales.

Nicaragua fue el escenario de la conformación de la segunda célula familiar de Miguel con Libia Victoria Cerezo, funcionaria también de la OPS, nacida en Cali, Colombia.

- Tercer escenario: la cooperación de la OPS/OMS en Cuba 1989-1996. Concluida la labor en Nicaragua, Miguel fue nombrado Representante de la OPS/OMS en La Habana, Cuba. La isla fue el lugar de nacimiento de los hijos Márquez-Cerezo, Camilo y Daniela.

Al igual que en Nicaragua, en Cuba cumplió una misión trascendental, incluso el mismísimo Fidel Castro expresó el reconocimiento de su gobierno y el pueblo cubano, honrando con una visita personal al domicilio de Miguel. Por coincidencia estuve en la Habana, en casa de Miguel el día de esa visita. Guardo un recuerdo imborrable de las horas transcurridas en un diálogo enriquecedor con el comandante Fidel.

El siguiente encuentro es llamado por Miguel como “La tregua y la muerte”. Contempla dos escenarios con igual denominación: La tregua: se remite a sus últimos años en Cuba, donde se quedó a vivir después de jubilarse de la OPS. Estos años jubilaes los dedicó principalmente a pensar y a escribir acerca de dos temas que le apasionaron siempre: el desarrollo humano y la equidad.

La muerte: acaeció el lunes 3 de febrero de 2014 al frisar los 80 años de vida. Sus cenizas reposan en La Habana, pero no solamente allí, otra parte fue regada en los jardines de las casas de sus hijos en Washington (2014); también en Costa Rica y Puerto Rico. Parte de las cenizas llegarán a Cuenca.

La “Cátedra Miguel Márquez” se creó en su honor por la universidad ecuatoriana como aliento para quienes continúen con su pensamiento y su obra.

Su legado en la Medicina Social

María Eliza León Vintimilla³

La analogía que comparten las ciencias sociales y las ciencias de la salud es un argumento que se ha mantenido en constante estudio décadas atrás. A lo largo del tiempo, la medicina social ha conservado diferentes denominaciones como “higiene y salud pública”, “epidemiología”, “salud y sociedad”, entre otros. En la ciudad de Cuenca, esta rama de la ciencia médica conserva una importante trayectoria histórica, la cual posiciona al Dr. Miguel Márquez como uno de los promotores de la misma. Por ese motivo, este escrito pondera el legado que Miguel Márquez dejó en la Medicina Social. A partir de sus estudios y análisis construido en base de investigaciones sobre la organización de la salud pública, el entorno crítico de la medicina frente a las problemáticas sociales, las reformas políticas y su vínculo con la situación de la salubridad en América Latina, permitió el desarrollo de grandes aportaciones en el campo de la salud como de las ciencias sociales en el periodo de 1960 a 1990.

Miguel Márquez nació en Cuenca, Ecuador el 23 de marzo de 1934 y falleció el 3 de febrero del 2014 en La Habana, Cuba. Dedicó su vida a la medicina, recibió importantes condecoraciones y obtuvo varios premios en Ecuador, Nicaragua y Cuba. Sus inicios se remiten a la Universidad de Cuenca, desde su época estudiantil y de crecimiento académico, donde fue profesor emérito y llegó a ser decano de la Facultad de Ciencias Médicas (1967-1968). A partir de sus altos cargos se desempeñó de Secretario Ejecutivo de la Asociación de Facultades de Medicina del Ecuador (AFEME) en su época dorada, entre 1967 y 1970. Posteriormente, su formación le permitió ser representante ecuatoriano de grandes entidades de la salud como la Organización Panamericana y Mundial de la Salud (OPS/OMS) en 1970, y desde la sede en Washington continuó en el área de Desarrollo de Recursos

3 Al conmemorar una década de la partida del Dr. Miguel Márquez, esta publicación aporta a la reconstrucción de su memoria y honra su trabajo, como se realizó en abril del 2014, en el folleto original. Cabe destacar que, la decana de la Facultad de Ciencias Médicas, el director de Vinculación, y mi persona, nos constituimos en el Comité organizador del homenaje y de esta publicación.

Humanos. Cabe destacar, que en su trayectoria colaboró con países como Panamá, México, República Dominicana, Brasil, Venezuela, Nicaragua y, sobre todo, Cuba.

Entre 1970 a 1980, América Latina se encontraba en una situación política compleja, atravesaba un periodo de violencia, persecuciones y represiones militares; la salud se situaba en condiciones críticas con la pérdida progresiva de la capacidad del sector de la para atender y solventar las principales necesidades de la población más vulnerable, y la exclusión de la participación social y política en las acciones transformadoras del sistema de salud, imponiendo la educación individualista que promovía la formación del “médico modelo” de espaldas a la comunidad. En este escenario, Miguel Márquez dedicó su atención al análisis de las problemáticas sociales que convergen con la medicina, fundamentó su estudio en los distintos aspectos epidemiológicos y socioeconómicos que padecía el organismo médico.

Como una acción alternativa, en los años setenta, algunos países latinoamericanos a través de sus representantes del sector de la salud, organizaron diversos encuentros importantes. A la cabeza se encontraba Juan César García, le seguía Miguel Márquez, María Isabel Rodríguez, José Terruel, Juan Pillet, Carlyle Guerra de Macedo, Director de la OPS, y José Roberto Ferreira, Director de la División de Recursos Humanos; con este grupo, y el apoyo de las entidades de salud, se inició una corriente de pensamiento denominado Medicina Social, primera vez analizada en el territorio de América Latina a partir de un enfoque político y social. Con aquella iniciativa, se establece un progresivo avance en el desarrollo de numerosos centros de investigación y espacios para la divulgación, los cuales contribuyeron a fundamentar y esparcir revistas destinadas a la publicación de artículos.

En virtud del reconocimiento de la Medicina Social a nivel mundial y su fuerte incidencia latinoamericana, en la década de los años setenta y ochenta se originaron dos grandes encuentros internacionales, con su respectiva sede en la ciudad de Cuenca, Ecuador. Estas reuniones fueron gestadas por iniciativa de Miguel Márquez, Juan César García, entre otros, y tenían por objeto discutir a profundidad la determinación social de la salud, basándose en los principios del marxismo. En 1972 se realizó el primer foro, con la denominación “Reunión sobre la enseñanza de las Ciencias Sociales”, en las facultades de Ciencias de la

Salud, mejor conocido como “Cuenca I”. Más adelante, en 1983, surgió una reunión similar, reconocida como “Cuenca II”, de la cual, su promotor fue Juan César García. Cabe destacar que estos dos hechos clave en el legado histórico de la Medicina Social permitieron el surgimiento de un organismo dedicado enteramente a esta rama de la ciencia de la salud, nombrado como Asociación Latinoamericana de Medicina Social, ALAMES.

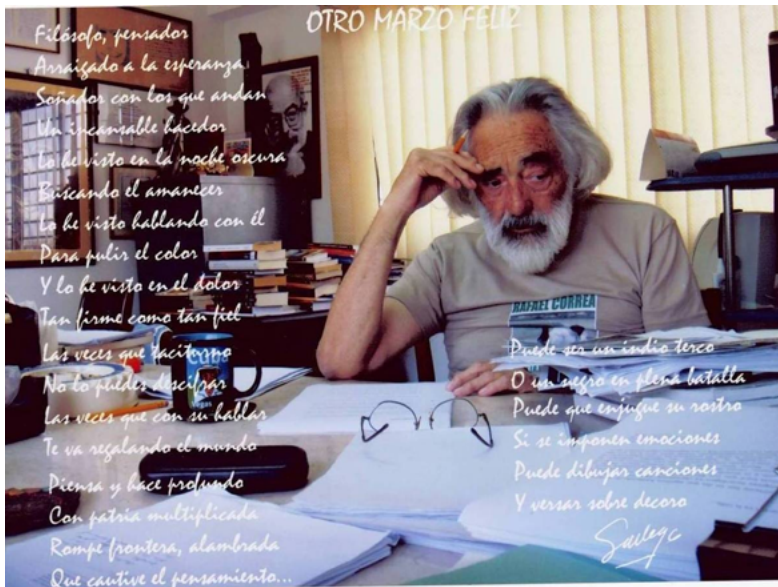
A consecuencia de su pasión y accionar por la medicina, en 1979 fue designado representante de la OMS en Nicaragua, donde forja a más profundidad los principios de la salud como un puente para la lucha a favor de la libertad, la equidad y la democracia, partiendo de la necesidad de fortalecer la atención primaria de salud, así como su accesibilidad y justicia. Bajo la tutela de la OMS, el Dr. Márquez participó en cursos de estudios avanzados en Planificación y Administración de la Cooperación Externa en 1984. Aprovechando su aptitud para la medicina y las ciencias sociales, se instaló en Cuba desde 1989, en donde continuó investigando y publicando libros sobre la Medicina Social y los movimientos revolucionarios de Latinoamérica, lo cual le otorgó el reconocimiento de Miembro de Honor de la Academia de Ciencias de Cuba por su aporte científico y contribución a las investigaciones en aquel país.

El Dr. Márquez fue un digno representante de su país natal que no gozaba de mayor reconocimiento a nivel mundial en asuntos de medicina, higiene y salubridad pública; su presencia, arduo trabajo y vocación, visibilizó a Ecuador en distintas instituciones importantes como la OPS/OMS, AFEME, ALAMES, entre otras.

Dando valía a este logro, la clase médica y el gobierno de aquel entonces, lo reconocieron como uno de los cinco Héroes de la Salud Pública de Ecuador. Por otra parte, es necesario subrayar que, así como dejó en alto la patria, jamás olvidó su ciudad andina, otorgándole el debido reconocimiento al introducir la Medicina Social en ámbitos educativos, científicos y pedagógicos con incidencia a nivel internacional. Por último, es gratificante que hoy en día se lo siga recordando como el formidable y apasionado médico que llegó a ser. Su humildad, calidez humana y empatía dejaron un legado más significativo que los premios y títulos, marcó el corazón de múltiples personas tanto en su tiempo, como en el futuro.



Para Miguel:
Cartas y reflexiones



Miguel Márquez, en su despacho en La Habana, Cuba.

Mi padre, asesor, maestro

Patricio V. Márquez Loyola
Accra, Ghana, 25 de marzo de 2014

Temprano, en la mañana del 3 de febrero de 2014, se nos fue físicamente el querido Viejo, como sintiéndose tarde para el Rosario de la Aurora al que asistía regularmente de niño con mi abuelo Miguel y la abuela Arminda en la Iglesia de Santo Domingo, de mi natal Cuenca. Lo supe cerca del mediodía, hora de Accra, Ghana, luego de recibir un correo electrónico de mi hermana Daniela, quien se había trasnochado en el hospital acompañando al Viejo; luego de que mi hermano Fernando partiera de regreso a Washington, D.C. llevando el expediente médico para buscar una segunda opinión clínica sobre su condición y pronóstico. No fue fácil armar un itinerario repentino para viajar esa misma noche Accra-Ámsterdam-Ciudad de Panamá-La Habana, pero en medio de la tristeza lo logré.

Al llegar a La Habana, luego de más de 24 horas de viaje a través de tres continentes, junto con mi hijo Carlos, quien había viajado de Houston para encontrarme en Panamá, me llené de coraje para secar las lágrimas recordando las palabras de Pablo Neruda en uno de sus poemas: “podrán cortar las flores, pero no podrán detener la primavera”. Me dije: ciertamente, ese es el caso del Viejo. Y esa certeza me ayudó a aceptar la realidad ante el hecho de que no lo volvería a ver nunca más. El eco de uno de los lemas de la Nicaragua Sandinista —país donde el Viejo entregó con pasión su aporte para la construcción del Sistema Nacional Único de Salud en medio de las guerras centroamericanas de la década de los 80—, empezó a brindarme paz, al repetir desde el más allá “Miguel Márquez es de esos muertos que nunca mueren”.

Al pasar de las semanas, luego que esparcimos sus cenizas en diferentes sitios y mi hijo Carlos divisara, al atardecer, un “masho” que sobrevolaba vigilando la ceremonia en el jardín de la casa de La Habana, las lágrimas que lloramos y aquellas que no se lloran empezaron a ser, usando nuevamente las palabras de Neruda, “ríos invisibles que corren hacia la tristeza”. Fueron duros los primeros días, pero poco a

poco aprendimos a transformar la tristeza en alegría y orgullo a través de nuestras pláticas silenciosas, cada uno a su manera y en diferentes lugares, con el Gran Arquitecto del Universo y la Madre Dolorosa del Colegio. Y mi oración, junto con la de mis hermanos Magdalena, Esteban, Fernando, Giovanni, Ximena, Camilo y Daniela, así como la de mi madre Elena, su viuda Libia, de mis hijos y sobrinos, y esposas y esposos, que son parte de ese gran clan que formó el Viejo, es una simple plegaria:

Muchas gracias por el Viejo, porque está y estará con nosotros, por todo lo que nos dio, por el honroso legado de compromiso no negociable con los valores éticos y los principios de justicia social que nos inculcó; por sus utopías que como el horizonte nos estimulan a seguir caminando anhelando algún día tomarnos por asalto el cielo; por su ejemplo de entrega inquebrantable ante el deber y el trabajo diario; por habernos facilitado descubrir nuevas geografías, culturas, gentes e historias más allá del Río Tomebamba; por todo ese amor que nos colmó a través de su vida y que nos ha servido de estructura, escudo y lanza.

Recordar al querido Viejo es vivirlo, ya que es parte de mis genes y los genes de mis hermanos, de mis hijos y de los hijos de mis hermanos. Es también parte permanente de esa memoria colectiva de los Márquez-Loyola y Márquez-Cerezo que irá perdurando con el tiempo en un constante florecer, como las rosas y las orquídeas que retoñan constantemente en el jardín de su casa en La Habana que tanto amaba, y al cual le dedicaba las primeras horas del alba para brindarle agua y abono, mientras se tomaba un café y se fumaba un habano. Y ese sentimiento de “está con nosotros y dentro de nosotros” nos ayuda a confrontar la soledad que nos embriaga en ciertas noches oscuras, o cuando el vacío que causa la consciencia de su muerte física nos agobia.

Mario Benedetti hablaba en uno de sus libros de la “muerte y otras sorpresas”, como también de los deterioros causados por el paso del tiempo. En cambio, el recuerdo vivo del Viejo nos impregna y envuelve cada día con una sorprendente vitalidad empujándonos a seguir viviendo con alegría, con determinación, con valentía en las diferentes trincheras del mundo donde sus hijos estamos distribuidos y actualmente nos toca vivir: Ghana, Estados Unidos, Puerto Rico, Haití, Cuba, Ecuador, España y Costa Rica. Y ese vivo recuerdo es alimentado por

sus palabras de guía, aliento, y llenas de optimismo, como las que nos brindó en enero de 2014, en un mensaje electrónico enviado desde la sala de cuidados intensivos de un hospital de La Habana, donde estaba internado:

Queridas hijitas e hijos: Iniciamos el tratamiento para una nueva batalla ante un cáncer de pulmón. Confiamos en el Gran Arquitecto del Universo que sabremos comportarnos con amor y solidaridad con todos ustedes. Cada minuto que pase estarán ustedes presentes y seguiremos la vida con amor, solidaridad y respeto mutuo.

¿Qué más puedo decir sobre el querido Viejo sentado solo esta noche frente a mi escritorio de trabajo en una ciudad distante localizada en el África occidental encima de la línea ecuatorial? ¿Quizás puedo decir algo parecido a lo contado por Gabriel García Márquez al comienzo de su novela 100 Años de Soledad, cuando el General Aureliano Buendía recordaba antes de su fusilamiento el día en que su padre lo llevó a descubrir el hielo?

¡Claro que sí, querido Viejo, tengo y tenemos tanto que contar y compartir sobre nuestras vivencias! En este periodo especial de nuestras vidas recuerdo claramente tantos hechos y momentos de nuestra existencia compartida, muchos de un verdadero tinte real maravilloso, a lo largo de tu peregrinaje a través de varios países. Me vienen a la mente, como en un largometraje fluido y constante, tu narración del día domingo en que nací en Santiago de Chile, cuando se transmitía por radio en la antesala de la unidad de partos de la Clínica Santa María el clásico Colo-Colo y Universidad de Chile; la primera vez que descubrí el mar en Playas, luego de viajar contigo toda la noche desde Cuenca en un bus de la empresa Semeria, y de esperar pacientemente en la madrugada de Durán para que una gabarra nos transporte a Guayaquil a través del río Guayas, donde las luces distantes de la gran urbe nos daban la bienvenida; el día que me llevaste a ver jugar el Botafogo de Garrincha en el Estadio Atanasio Girardot cuando vivíamos en Medellín; las tardes cuando te visitaba en el Laboratorio de Solca en el viejo hospital de Cuenca, me decías que las autopsias que practicabas evidenciaban que los tuberculosos que morían anónimos y abandonados eran los pobres, desnutridos y marginados de este mundo: en esos años de la década de los 60, te vimos tejer, poco

a poco pero con mucha finura, la red que unió a las facultades de medicina del Ecuador bajo AFEME desde Quito. Y los primeros años de la década de los 70 en Guatemala, cuando iniciaste tu carrera en la OPS/OMS, donde, recién llegados de la franciscana Quito, nuestro departamento familiar fue rebuscado por la tropa de la dictadura militar en busca del Nuevo Testamento porque lo consideraban material subversivo, ya que los generales centroamericanos sospechaban que se hablaba en el texto sagrado de un Cristo comprometido con la justicia social, lo que atentaba contra el orden establecido; los paseos de fin de semana en Washington, D.C., cuando en una camioneta Torino de color verde llevabas a tus hijos a descubrir en medio del invierno los legados de la humanidad acumulados en los grandes museos y bibliotecas de esa ciudad; aquellos días nevados del norte en los años 70, cuando escribías tus artículos para la revista “Educación Médica” de la OPS mientras escuchabas las canciones de Atahualpa Yupanqui y Daniel Viglietti, y de vez en cuando te levantabas enojado para buscar la escoba que acababa con las peleas entre los hermanos varones, la Mada y la Mena; aquella tarde del 11 de septiembre de 1973, cuando congregaste a tus hijos para ver con rabia y muchas lágrimas las tomas que transmitía la televisión del bombardeo a La Moneda y se hablaba del derrocamiento de Salvador Allende en Chile; la casa de Las Colinas en Managua durante la década de los 80, donde comíamos los mangos del jardín y comentábamos los libros de Ernesto Cardenal, o el relato de Julio Cortázar sobre la campaña de alfabetización, que el escritor bautizó como la “guerra de los lápices”; los días y noches en La Habana en la década de los 90, donde te sentiste en casa, respirando el aire fresco del Caribe, y dando tu hombro a Cuba para fortalecer la cobertura universal de los servicios de salud y ayudar a confrontar la misteriosa neuropatía que apareció repentinamente a principios del Periodo Especial, movilizándolo para esta tarea como representante de la OPS/OMS el apoyo de varios premios Nobel de Medicina de los Estados Unidos y otros expertos mundiales, y demostrando con tu trabajo diplomático que al final del día, a pesar de las diferencias ideológicas y los embargos económicos, lo que nos une a todos en esta aldea global es nuestra simple y común humanidad; esos meses a principios del siglo XXI cuando te enfrentaste a un cáncer terminal de esófago y saliste victorioso bajo el cuidado distante pero celoso del médico

Esteban, fortalecido con las sopas recargadas de aceite de oliva que te preparaba la Libia, y las llamadas de aliento de la Elenita y de mis hermanos y esposas, mientras que con mis hijos Carlitos, Ale y Lobita, y junto con Lani, compartíamos contigo nuestra casa en Bethesda, y tú les dejabas una huella imborrable en su vida con el ejemplo de que “sí se puede” vencer a la muerte; aquellas visitas a Barcelona, cuando comiendo en el restaurante “La Barceloneta”, hablamos de la vida y te pedía consejos sobre si debía dejar de trabajar en América Latina y el Caribe para aceptar el reto de Europa Oriental y Asia Central; cuando nos sentábamos al atardecer en tu atrio favorito de la *Divina Pastora* a contemplar la entrada de los barcos al puerto de La Habana, o como tu decías simplemente para “descerebrarnos”, en aquellas ocasiones que te visitamos con mi familia; un día de julio de 2002, cuando luego de caminar por varias horas en París contigo y el Gio llegamos a la *Place des Vosges* y te alegraste mucho al encontrarte frente a frente a la morada de Víctor Hugo y “sus miserables”; o finalmente la última vez que te di un abrazo en una madrugada de principios de enero del 2014, cuando junto con mi hijo Alejandro, nos despedíamos de ti, Libia, Dani y el Camilon para ir al aeropuerto.

Querido Viejo, Asesor, Maestro, toma este breve relato como un simple muchas gracias por todo lo que nos diste, por tu legado, por esos recuerdos frescos e imborrables de nuestro transitar conjunto a través de las décadas. Y, por favor, acepta que comparta en el día en que tu querida y nunca olvidada *Alma Mater*, la Facultad de Medicina de la Universidad de Cienfuegos, te recuerda las letras de un poema/canción de Miguel Hernández y Joan Manuel Serrat, que ejemplifica lo que tú fuiste y serás siempre para todos nosotros:

Uno de aquellos

*Si hay hombres que contienen un alma sin fronteras,
una esparcida frente de mundiales cabellos,
cubierta de horizontes, barcos y cordilleras,
con arena y con nieve, tú eres uno de aquellos.*

Uno de aquellos,

uno de aquellos,

*si hay hombres que contienen un alma sin fronteras,
tú eres uno de aquellos.*

*Las patrias te llamaron con todas sus banderas,
con todas sus banderas,
con todas sus banderas.*

*Tú eres uno de aquellos:
un alma sin fronteras.*

*Las patrias te llamaron con todas sus banderas,
que tu aliento llenará de movimientos bellos.
Quisiste apaciguar la sed de las panteras,
y flameaste henchido contra sus atropellos.*

*Las patrias te llamaron con todas sus banderas,
con todas sus banderas,
con todas sus banderas.*

*Tú eres uno de aquellos:
un alma sin fronteras.*

*Con un sabor a todos los soles y los mares,
tu majestad de árbol que abarca un continente.*

*A través de tus huesos irán los olivares
abrazando a los hombres universal, fielmente.*

Carta al “Masho Márquez”

Jaime Breilh Paz y Miño

Espero que estas palabras te lleguen en ese espacio donde radica la memoria permanente de los compañeros que, como tú, alcanzaron el grado mayor del compromiso en la escala de Brecht: “los que luchan toda la vida”, los indispensables.

Nunca olvidaré esos primeros años de AFEME, cuando llegaste a Quito dejando tu querida Cuenca; dejando también esas otras huellas fecundadas de tu paso por el decanato de la Facultad de Ciencias Médicas, donde ya comenzaste a dar prueba de tu legítimo amor por la vida, y por nuestra gente. Ya para esos años se habían clavado en tu alma inquieta y en tu corazón revolucionario, las esperanzas y desafíos del pueblo, como eje de tus sueños y de tu infatigable lucha por los derechos.

Nunca me olvidaré, Masho querido, de las fecundas jornadas que organizaste junto a Juan César y a María Isabel para convocarnos y apoyarnos a los que entonces éramos las nuevas camadas de una juventud sedienta de participar en la construcción de un proyecto por la vida y por el derecho a la salud. Fue la savia y el aliento de esas sesiones abiertas a los sueños, el impulso inicial de lo que con los años devino en el movimiento latinoamericano de Medicina Social.

El vértigo de tu compromiso te llevó a recorrer una diversidad de caminos y activar innumerables escenarios que fueron multiplicándose en este Sur de América.

A tu pasión por el proceso orgánico de construcción del proyecto popular se sumó la faceta de lector incansable, tu apoyo permanente al avance científico que te mereció múltiples reconocimientos y tu designación como Miembro Honorario de la Academia de Ciencias en Cuba.

Estoy seguro que continuarán las múltiples formas de honrar tu memoria. Yo solo quería, por ahora, compartir con los cuadros de las nuevas generaciones de la salud colectiva estas vibraciones que se despiertan cuando recorro con el pensamiento los cálidos y gratificantes

recuerdos de tantas jornadas en que pude atestiguar tu compromiso incansable por la vida y por la construcción internacionalista de esa nueva sociedad por la que luchaste con la intensa porfía de quienes respiran por los poros de un profundo compromiso militante.

Recuerdos del Maestro

Alberto Quezada Ramón



Colocación de la Primera Piedra de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Cuenca, 1967. Autor: César Hermida Bustos.

Era un gélido invierno de octubre. La vieja Facultad de Medicina —ubicada a las orillas del Tomebamba, junto al antiguo Hospital San Vicente de Paúl— estuvo llena de granizo por algo más de una semana.

Los “chúcaros” del primer año de Medicina estábamos perdidos y algunos hasta desolados. Nuestro héroe de entonces era Albert Schweitzer, pero estaba demasiado lejos y tan ocupado tratando leprosos y pacientes con enfermedad del sueño en la entonces África Ecuatorial Francesa, que no había ninguna posibilidad de que pudiese ayudarnos.

El minúsculo horario colocado en la puerta de la secretaría indicaba la primera clase de Histología el día miércoles, avanzada la tarde. Muy puntual apareció en el aula un maestro joven, alto, espigado, sonriente y jovial, curiosamente sin corbata, puesto un mandil blanco que tenía en el pecho una inscripción bordada a mano que decía: Dr. Miguel Márquez.

Contrariamente al terror vivido en las primeras clases de Anatomía y Psicología Médica, nos sorprendió dándonos la bienvenida a su cátedra, se puso a las órdenes de los estudiantes y dijo que más que profesor quería ser nuestro amigo. Fue sorprendente y no podíamos creerlo. Poco a poco fuimos comprendiendo que su método de enseñanza combinaba la fortaleza de sus disertaciones magistrales con la posibilidad de aprender, haciendo de sus clases prácticas en las que los estudiantes reproducíamos en el papel las imágenes histológicas que observábamos al microscopio, con el manejo creativo de un lápiz bicolor.

Pronto empezamos a compartir temas distintos a los de la cátedra, estudiamos los problemas estudiantiles, familiares, sociales y políticos, también tratamos el espinoso tema de la Reforma Universitaria. La metodología era muy sencilla: discusión socrática, intercambio de literatura y participación en la práctica social. Así, tanto el maestro como algunos de sus discípulos, aprendimos mucho de la teoría social y política, y de las luchas sociales. Desde entonces, en términos gramscianos, Miguel Márquez pasó a ser un intelectual orgánico de las causas estudiantiles y populares.

Participó con los estudiantes de numerosas aventuras: la creación de Bienestar Estudiantil, la Creación de Extensión Universitaria, la Creación de la Asociación Nacional de Estudiantes de Medicina, la Organización de las Primeras Jornadas Científicas de Estudiantes de Medicina, la colocación de la Primera Piedra de la nueva Facultad de Ciencias Médicas en el Paraíso, las manifestaciones estudiantiles por la creación del Ministerio de Salud y la Medicatura Rural, la creación del Centro de Recuperación de Alcohólicos, CRA, —en la actualidad Centro de Reposo y Adicciones—. En 1967 fue nombrado Decano de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Cuenca, y al poco tiempo se instala en Quito en calidad de primer secretario ejecutivo de la Asociación de Facultades de Medicina del Ecuador, AFEME, donde le sorprende la clausura de las principales universidades públicas del país por la dictadura de José María Velasco Ibarra en 1970.

A partir de entonces, emigra a Guatemala en calidad de representante de la Organización Panamericana de la Salud, OPS, donde comienza otro capítulo de su fructífera vida. En 1972 es trasladado a Washington a la sede de la OPS, donde cultiva especial amistad con Juan César García, María Isabel Rodríguez, Roberto Capote y Hugo

Villar, entre otros, con los que tiene la oportunidad de fortalecer su formación sociológica, convirtiéndose pronto en uno de los principales ideólogos de la tendencia progresista en el seno de la OPS/OMS. En sus múltiples periplos por las Américas lleva y trae noticias, aportes y colaboraciones de los contertulios de la Patria Grande empeñados en la transformación social de los pueblos latinoamericanos.

Luego del triunfo de la Revolución Sandinista en 1979, Miguel Márquez se establece en Nicaragua como representante de la OPS/OMS, donde contribuyó a la construcción de un nuevo modelo de salud, en medio de las penurias y las limitaciones existentes; impulsó la formación de nuevos profesionales de la salud y el rescate y capacitación de agentes informales como parteras y curanderos comunitarios quienes utilizaban plantas medicinales nativas y pudieron cultivar, estudiar y socializar sus aplicaciones. En esta perspectiva, con orientación del Maestro, tuvimos la oportunidad de intercambiar información con un grupo de trabajo de Estelí, al que remitimos los resultados de nuestros estudios sobre prácticas médicas tradicionales y uso de plantas medicinales de la región centro sur del país, que habíamos realizado en el Instituto de Investigaciones de Ciencias de la Salud, IDICSA, de la Universidad de Cuenca.

En Nicaragua, Márquez se relaciona con los principales líderes de la Revolución Sandinista: Daniel Ortega, Tomás Borge, Ernesto Cardenal, entre otros. Con frecuencia retornaba al Ecuador con información fresca de ese país y América Latina, sea médica, social, política o cultural. A través de él conocí el bello poema de Ernesto Cardenal, “Oración por Marilyn Monroe”, del que transcribo algunos versos.

Señor

recibe a esta muchacha conocida en toda la Tierra con el nombre de Marilyn Monroe,

aunque ése no era su verdadero nombre

(pero Tú conoces su verdadero nombre, el de la huerfanita violada a los 9 años y la empleadita de tienda que a los 16 se había querido matar)

y que ahora se presenta ante Ti sin ningún maquillaje

sin su Agente de Prensa

sin fotografías y sin firmar autógrafos

sola como un astronauta frente a la noche espacial.

[...]

Perdónala, Señor, y perdónanos a nosotros

[...]

Ella tenía hambre de amor y le ofrecimos tranquilizantes.

[...]

Como toda empleadita de tienda

soñó ser estrella de cine.

Y su vida fue irreal como un sueño que un psiquiatra interpreta y archiva.

[...]

La película terminó sin el beso final.

La hallaron muerta en su cama con la mano en el teléfono.

Y los detectives no supieron a quién iba a llamar.

[...]

Señor:

quienquiera que haya sido el que ella iba a llamar

y no llamó (y tal vez no era nadie

o era Alguien cuyo número no está en el Directorio de los Ángeles)

¡contesta Tú al teléfono!

Cómo no agradecer al Maestro este bello aporte cultural. Pero luego, en 1986, en plena crisis de la Revolución Sandinista, Miguel Márquez debe salir de Nicaragua rumbo a Cuba, donde ejercerá las funciones de representante de la OPS/OMS hasta su jubilación en 1995. Luego de esto, fija su residencia definitiva en La Habana hasta sus últimos días. Como representante de la OPS/OMS aportó mucho al fortalecimiento del modelo de salud cubano, especialmente en el primer nivel con la implementación del médico de familia. Siempre que visitaba Cuenca nos brindaba la oportunidad de mantener largos coloquios, hasta avanzada la madrugada, en los que debatimos los avances y dificultades

del proceso cubano y latinoamericano, generalmente apoyados en bibliografía reciente, entre la que no faltaba el pensamiento de Fidel, los aportes teóricos de su propia cosecha y de quienes publicaban en la Revista de Salud Pública de Cuba, cuyos últimos números nos traía personalmente o nos remitía periódicamente. Algunas veces, como buen lector e investigador que era, nos sorprendía con alguna perla en el campo de las ciencias sociales o la salud pública.

Pero no solamente nos traía información, sino que también llevaba nuestras publicaciones, tanto a Cuba como a otros países latinoamericanos, convirtiéndose en un magnífico difusor del pensamiento social y sanitario del país, y muy especialmente de la producción universitaria.

Ya jubilado, se mantuvo como asesor del Gobierno cubano, conservando una estrecha relación con los líderes de la Revolución, desde el comandante en jefe Fidel Castro Ruz, hasta ministros de Estado, dirigentes universitarios y de la Academia de Ciencias de Cuba. Como producto de estos contactos ha realizado algunas publicaciones, entre las que se cuentan: “Crónicas y Reportes desde La Habana”, “Medicina general/Medicina Familiar”, “Programa de Desarrollo Humano Local en Cuba 1999-2009 - Lecciones aprendidas”, “Escenarios Epistémicos en la Formación del Espíritu Científico en Salud”, “Razones para la deslegitimación ético-axiológica de la globalización neoliberal”; este último libro me fue obsequiado por Miguel Márquez en su último viaje a Cuenca, con la siguiente dedicatoria: “Para el querido camarada y amigo de la vida Alberto Quezada Ramón y su compañera, les entrego una de las últimas contribuciones del Viejo Mazho Márquez. Fraternalmente, f. Miguel Márquez”. Para mí, es el mejor recuerdo del Maestro, no solamente por ser el último, sino porque en sus páginas pasa revista al pensamiento de Joseph Stiglitz, Premio Nobel de Economía 2001, que deslegitima la política de ajuste estructural del FMI; así como la deslegitimación ético-axiológica del neoliberalismo en el pensamiento de estadistas latinoamericanos: Fidel Castro Ruz, Hugo Chávez Frías, Rafael Correa Delgado, Evo Morales Ayma y Álvaro García Linera, como expresión de coincidencias de los procesos de transformación social que avanzan en América Latina.

En su honor

Rosendo Rojas Reyes

Una profunda nostalgia me invadió al saber de la partida de Miguel Márquez. Ese mundo ya extinguido hoy, aquel en el que compartimos la clínica y sobre todo el inmenso placer de su ejercicio. Una medicina con sujetos dolientes y personas dispuestas a resolver, con ellos, los malestares del cuerpo y del alma.

Esa época de seres humanos sabios, que expresaban con fruición la satisfacción de llegar al diagnóstico con las herramientas de la argumentación médica fina, clara; con hechos y trastornos siempre en estudio, corroborados por el bienestar conseguido. Una medicina de observaciones directas, con palpaciones y auscultaciones repetidas.

El criterio de verdad se hallaba en las mentes de los seres humanos capaces de diagnosticar: elevar relatos del ser sufriente y de su cuerpo al lenguaje técnico. Una medicina de cercanías y afectos, calores y rumores porque el lenguaje del cuerpo no es claro, “el cuerpo balbucea”, se decía.

Y en este mundo de clínicos estuvo la anatomía patológica como criterio de verdad, poco refutable porque contaba con el criterio del lector y con las imágenes del trastorno. Fue una suerte de verdad sin contradicciones. En este increíble mundo de argumentaciones y resultados de la patología, estuvo Miguel como figura señera. Largo, encorvado, bata blanca grande y larga, y gorro.

No cabía la duda, la verdad estaba dicha. Es probable que, lo que el cuerpo decía después de muerto, o lo que la biopsia expresaba no se correspondía adecuadamente con el ser sufriente pero la certeza del diagnóstico aclaraba la vida y tranquilizaba la permanente inquietud por llegar al diagnóstico. El reto estaba en encontrar una correspondencia entre el argumento fruto de la mirada médica y los resultados de la patología.

Órganos fríos y silenciosos, meticulosamente cortados, observados con especial dedicación. Placas observables luego de las tinciones. Así las células emergían como nicho del trastorno. Fue la época de la medicina de los órganos.

Las confrontaciones públicas que partían de la argumentación del clínico, la tensa espera y al final como novela de Agatha Christie los responsables podrían ser identificados. La evaluación de los actos y criterios clínicos se sufría en silencio.

Miguel ejercía el papel de generador de criterios verdaderos con mucha solvencia, no cabía la duda, no había distancia entre lo que se decía y hacía, se había establecido la relación necesaria entre el ser íntegro y los criterios de verdad. La tecnología estaba bajo la tutela del ser humano experto.

La medicina estaba cerca del acceso digno y justo a los recursos de la medicina, lejos de las sociedades de la opulencia, fuera de la privatización de la medicina, pero sobre todo lejos de la lógica de la ganancia.

Linda época, lástima ya difunta. Cada acto médico fue un vínculo esencialmente humano, había que conocer al sufriente por el nombre. El juicio clínico fue el sustento de las acciones que se emprendían.

Qué lejos estamos hoy. Hemos convertido a la tecnología en una nueva naturaleza, somos actantes, cosas manipuladas por ella. Fetiche a granel. Hemos cambiado la figura del clínico con los lectores de datos. Un cambio cultural que ha consolidado la muerte del criterio clínico. Habría que añadir que no solamente los médicos/lectores de datos exigen imágenes y exámenes a granel sino también las personas sufrientes dependen del resultado, el criterio de verdad se trasladó a los números. Se confía más en los datos que en los médicos. Las baterías de exámenes están a la orden del día.

Una segunda nostalgia, más encarnada que la anterior, también sufrí con su partida. La medicina jerarquizada, en manos de élites, cambió de pronto. El querido Miguel rompió esquemas y criterios de valor. Los seres humanos dolientes, las comunidades y los espacios públicos requerían especial atención. “Miremos a la gente, acerquémonos al dolor de los desposeídos, de los discriminados, de los pobres”, fueron las consignas. La medicina social emergía en seres políticamente claros y visionarios como Miguel Márquez.

Aprender en espacios cordiales, llenos de amistad y respeto fue lo que marcó la vida de muchos. Entender antes al que aprende, acompañar sin atosigar; pero, ante todo, garantizar que el deseo y la voluntad de aprender se mantengan. El pensamiento/acción sustentada en el diálogo fue la propuesta.

Debatir en forma amplia, garantizar la participación y la construcción colectiva de políticas públicas que se acerquen a la gente sufriente fue el núcleo del accionar. No hay peor dolor que el del hambre, escuché varias veces.

Un ser humano afable, especialmente capaz, con la ternura a flor de piel. Con definiciones políticas claras y radicales. Algunos, no muchos, fuimos por esta vía y nos hemos mantenido en ella. Miguel moldeó esa opción, se entregó generosamente a cuidar a los otros.

La tecnología nos ganó la batalla, el afecto desapareció de la medicina. El médico clínico fue devorado por los consorcios médicos. La especialización, el saber mucho de muy poco, olvido que los seres humanos sufren. Quizá con el recuerdo del Miguel/amigo podamos recapacitar, volver al médico humano y leal. Él estará en las mentes y en la vida de quienes le conocimos y de quienes quieran cambiar el rumbo.

Pinceladas de mis recuerdos

Edgar Rodas Andrade

Conocí a Miguel Márquez durante nuestro tiempo de estudiantes en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Cuenca. Miguel me precedía por dos años y en ese entonces trabajaba con el Dr. Leoncio Cordero en el Departamento de Patología de Solca, anexo al Hospital San Vicente de Paúl. Recuerdo claramente su figura austera, cordial y franca, caminando a grandes pasos y llevando casi siempre en las dos manos pesados libros de medicina. Pronto se constituyó en guía y amigo de muchos de los estudiantes de cursos inferiores, a quienes nos incentivó e inició en la metodología de la investigación y en la forma de estructurar y escribir artículos científicos. Fue nuestro asesor cuando teníamos que realizar presentación de casos, preparar reuniones clínico-patológicas o clubes de revistas. En estas actividades nos guió con sus oportunos consejos y con su ejemplo, capacidad de trabajo, estudio y disciplina. Estábamos acostumbrados a que sonara el teléfono o golpeará en nuestras casas a altas horas de la noche o en las madrugadas para continuar algún trabajo inconcluso.

En cuanto se graduó de médico, pudimos apreciar que su horizonte iba mucho más allá del ejercicio profesional, pues además de cumplir estrictamente y con gran capacidad científica su vocación por la Patología, se dedicó a profundizar sus conocimientos en la educación médica y entregar sus esfuerzos al servicio de sus semejantes. En efecto, preocupado por el problema tan generalizado entre nosotros, de la adicción al alcohol, la falta de atención científica de este problema y el sufrimiento personal y familiar que este genera, organizó y fundó con un grupo de colegas, estudiantes de Medicina y ciudadanos de Cuenca, el Centro de Recuperación de Alcohólicos, CRA, que a tantas personas ha rescatado de la adicción y el dolor. Cuántos de ellos le han recordado con gratitud y me han preguntado muchas veces por el compañero y hermano que les ayudó con bienes y persona, y estuvo siempre presente cuando ellos lo necesitaban. El CRA, ampliando sus servicios, con el nombre de Centro de Recuperación de Adicciones, sigue prestando hoy, invalorable servicios a nuestra comunidad.

Su infatigable dedicación a la docencia y su conocimiento de las nuevas corrientes en la enseñanza de la Medicina hicieron que en 1967 sea elegido como decano de la Facultad de Ciencias Médicas en su universidad; al mismo tiempo fue llamado a la dirección ejecutiva de la reciente fundada Asociación de Facultades de Medicina del Ecuador, AFEME. La amplitud de su horizonte le llevó a esta última responsabilidad y luego a la OPS en Washington y en varios países de Centroamérica, donde dejó profunda huella de su sabiduría y compromiso por una medicina al servicio de los más necesitados, responsabilidad con un tipo de ejercer la medicina, que ahora se conoce como Medicina Social.

Mientras Miguel estaba en la OPS tuve el privilegio, por recomendación suya, de ser invitado como consultor temporal en Washington y Nicaragua donde trabajé bajo su guía. Puedo decir que Miguel Márquez fue el consultor del consultor.

Durante más de la mitad de su vida, Miguel vivió fuera de Cuenca, pero llevaba a su tierra en el corazón y nos visitaba a menudo, siempre con el consejo oportuno, con su opinión lúcida, con su conversación amena, estimulante y motivadora. Después de cada una de sus visitas, sin decirlo, nos dejaba siempre, tareas por cumplir.

En 2004 fui designado por la OPS como miembro del tribunal para escoger algunos médicos ecuatorianos que merecían ser reconocidos como “Héroes de la Salud”, por sus aportes y su vida de dedicación y compromiso. El primer nombre en aparecer, por consenso general, fue el de Miguel Márquez Vázquez, quien, con todo derecho, se hizo acreedor a esta honrosa distinción junto a otros colegas, igualmente con sobra de méritos

Quizá, algo que muy pocos conocen, en nuestra participación en la Fraternidad de Carlos de Foucauld, una asociación que, en Cuenca, se formó en los años sesenta del siglo anterior, inspirada en la vida de ese militar graduado en la Academia de Saint Cyr, que luego de una vida tumultuosa y disipada en el ejército francés, nos dejó el testimonio de su vida sencilla, al servicio del prójimo en los lugares más remotos del norte de África. Nuestra experiencia de la Fraternidad dejó profunda huella en nuestra vida. Yo lo puedo afirmar por mi experiencia y Miguel me mencionaba con frecuencia ese impacto e influencia a lo largo

de su vida. Creo que la dedicatoria que tuvo la bondad de redactar, cuando en su última visita me obsequió su libro “Medicina General. Medicina Familiar”, lo dice todo. Miguel escribió el 9 de septiembre de 2013: “Para el hermano tan querido de toda una vida, nos une el amor al prójimo, a Cristo y a la Revolución. Con cariño de siempre”. Esta afirmación explicará a muchos, su vida aparentemente contradictoria.

Tuve la oportunidad de disfrutar la hospitalidad de su hogar en Cuenca, Washington, Nicaragua y Cuba; en este último destino quedé gratamente impresionado por su prestigio, respeto y consideración que gozaba de la comunidad científica y en las altas esferas oficiales, comenzando por el comandante Fidel Castro.

En septiembre realizó su última visita a Cuenca; tuvimos el gusto de recibir en mi hogar a Miguel y a su esposa Libia Victoria; mantuvimos una larga y, como siempre, inspiradora conversación. Me dijo ilusionado que pensaba regresar pronto a Cuenca para la presentación de su libro autobiográfico que publicaría la Universidad de Cuenca. Miguel no regresó. El viejo e infatigable luchador tuvo que rendirse ante la muerte; su vida terrena terminó, pero su presencia estará siempre entre nosotros a través de sus enseñanzas y el ejemplo de su vida.

Tributo a un visionario⁴

César Hermida Bustos



Miguel Márquez y Libia Victoria Cerezo, en su vivienda en La Habana.

En octubre de 1962, cuando, como presidente del segundo curso de la Facultad de Medicina, le solicitara fuera nuestro director, que es como se llamaba al docente que haría de consejero, apoyo y nexo con las autoridades para todas las actividades. El joven especialista que venía de hacer patología en Colombia, y que había estado en Chile, nos maravilló con su entusiasmo, sus iniciativas, su capacidad docente, su contagioso optimismo sobre el futuro nuestro y del país, y de todo lo que había que innovar y cambiar, durante los pocos días desde la cátedra de Histología. Desde entonces trabajamos intensamente con él —recuerdo que los compañeros que no aceptaban tanta dedicación solían esconderse detrás de las pilastras hospitalarias cuando ingresaba Miguel, pues al mirarlos solía tomarles del brazo para encargarles tareas y asignarles nuevas actividades—.

4 Miguel tuvo la bondad de pedirme la presentación para su libro *Encuentros*. En esa presentación y en el artículo de El Telégrafo del 8 de marzo de 2014 se basa esta nota.

En el Departamento de Anatomía Patológica se trabajó desde 1963 con gran dedicación en el estudio y preparación de casos. Miguel solía llegar temprano por la mañana y se quedaba hasta tarde en la noche para completar los informes para las Conferencias de Patología. Era la ciencia clínica de la investigación, la docencia y el servicio. Propuso la Reforma de la Facultad y la inició en ese mismo año para superar las deficiencias académicas. Los planteamientos mencionados contaron con el respaldo de los estudiantes y algunos pocos docentes, pero pronto se encontraron con la tenaz resistencia al cambio por parte de varios profesores veteranos. La lucha no fue fácil. Finalmente, se lograron más contenidos prácticos en las áreas clínicas, se fortaleció el internado rotativo, se redujo a siete los años de carrera, incluyendo el internado.

Con su notable carisma, para el año 1964 Miguel planteó la reorganización hospitalaria. Se constituyó una Comisión Directiva que la presidió. Eran los tiempos del hospital San Vicente de Paúl de la Junta Provincial de Asistencia Social —pues no existía aún el Ministerio de Salud—, y con mucho afán implementó una serie de innovaciones.

Su labor en la creación de AFEME y ANEME, durante 1966 y 1967, fue trascendente. Desde 1962 organizó la Asociación de Facultades Ecuatorianas de Medicina, AFEME, y en 1964 mantuvo en Cuenca la primera reunión de decanos para el efecto; la oficializó en octubre de 1967 cuando en Guayaquil se realizó la Primera Asamblea y Primer Seminario Nacional de Educación Médica, con el apoyo de la Federación Panamericana.

La Asociación Nacional de Estudiantes de Medicina, ANEME, que se había constituido con las Facultades de Quito y Guayaquil en 1965, se complementó con la de Cuenca, en el Congreso Médico Estudiantil y Jornadas Médicas estudiantiles realizadas en Guayaquil en octubre de 1966. Allá, con la dirección de Miguel, llevamos varios trabajos científicos, y se eligió a quien esto escribe como primer presidente de la nueva ANEME nacional —elección que tuvo el apoyo de los compañeros “comunistas” de Quito y Guayaquil, lo cual asustó a varios compañeros delegados cuencanos. Unos años antes, Miguel nos había invitado a integrarnos a una fraternidad cristiana, Charles de Foucauld, para revolucionar al cristianismo comarcano, la cual dejamos para participar directamente en la revolución social marxista, saltándonos la cristiana—. Desde 1967 a 1970, con AFEME y ANEME, se vivió un productivo

período de nexos nacionales e internacionales. Varios docentes y estudiantes nos relacionamos con nuestros pares, aquí y afuera, en reuniones académicas patrocinadas por la FEPAFEM y la OPS/OMS. Los estudiantes, dirigidos por Miguel, organizamos en Cuenca, en 1967 —luego de visitar a los compañeros de Colombia y Venezuela—, el Congreso Grancolombiano de Estudiantes de Medicina “Ernesto Ché Guevara” y las Jornadas Médicas Estudiantiles “Eugenio Espejo”, cuyas respectivas Memorias constituyeron un hito. Colocamos esos días la Primera Piedra para la construcción de la futura Facultad de Medicina en los terrenos que se habían logrado en El Paraíso, años después, junto a la Facultad se construiría el Hospital Vicente Corral. ANEME tuvo un papel destacado en la creación del Ministerio de Salud Pública, manteniendo asambleas y visitas a los diputados, para que la ley se discutiera en el Congreso Nacional, la misma que finalmente se aprobó en 1967.

Muy poco tiempo después de haber sido elegido decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Cuenca en 1967, Miguel fue propuesto para ser el primer director ejecutivo de AFEME, con sede en Quito —nunca olvidaré que pasada la medianoche fue a mi casa a despertarme para conversar caminando por las calles de San Blas sobre la difícil decisión que debía tomar para dejar el Decanato e ir a radicarse en Quito—. Allí se instaló y cumplió una exitosa actividad hasta 1970. América Latina estaba convulsionada políticamente y sufría persecuciones y represiones militares, como las que se daban también en el Ecuador. El período fue largo y duro, en 1970 asesinaron al dirigente estudiantil Milton Reyes. Con la dictadura de Velasco Ibarra se clausuró la universidad en ese año. Muchos debieron partir y abandonar el país. Los amigos de Miguel gestionaron su contratación en la Organización Panamericana de la Salud, OPS, como consultor en Guatemala, y allá se fue con toda su larga familia.

En 1972 le invitaron para que trabajara en la Oficina Central de la OPS en Washington en donde, con Juan César García y otros compañeros, organizaron el Grupo Latinoamericano de Medicina Social, formalizado luego en la reunión internacional de Ciencias Sociales y Salud, “Cuenca I”, en 1974, así como la Asociación Latinoamericana de Medicina Social, ALAMES, en el mismo año. Y diez años más tarde, “Cuenca II” en 1983, que tuvo repercusión mundial. El Grupo

del Ecuador, formado en torno a la Secretaría Ejecutiva de la AFEME, propició que fuéramos a estudiar en el exterior la nueva “Medicina Social” e incluso algunos elaborarán la propuesta de la “Epidemiología Social”.

Este grupo latinoamericano estuvo patrocinado por Miguel con Juan César García, María Isabel Rodríguez, José Terruel, Juan Pillet y varios otros, y el apoyo del director de la OPS, Carlyle Guerra de Macedo y el director de la División de Recursos Humanos, José Roberto Ferreira. Ellos se constituyeron en los artífices de las nuevas ideas revolucionarias en el campo de la educación médica y la salud. La clave del éxito fue su visión, su honradez intelectual, su entusiasmo contagiante sobre el nuevo futuro regional, que por aquella época sufría la etapa más difícil y oscura de su historia.

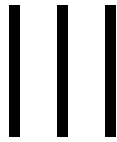
En 1979 Miguel fue designado representante de la OPS/OMS en la Nicaragua sandinista, en donde realizó una extraordinaria gestión en el marco de la “Salud, un puente para la paz”, en la convulsionada Centroamérica. Muchos latinoamericanos visitamos y algunos trabajamos allí bajo la dirección de Miguel y de Lea Guido, ministra de Salud, construyendo una sociedad nueva, con todas las dificultades económicas, políticas y sociales. Allí estaba Sergio Arouca que lideraría la construcción del Sistema Único de Salud en el Brasil y Francisco Rojas Ochoa, quien dirigiría los postgrados de Salud en Cuba. Miguel practicaba con todos los consultores el trabajo participativo en “colectivos” de estudio y acción.

En 1989 Miguel pasó a ejercer la representación de la OPS/OMS en Cuba y allí se quedó luego de su jubilación en 1995. Le correspondieron los tiempos difíciles del boicot económico norteamericano y el Período Especial por la disolución de la Unión Soviética. Más allá de sus obligaciones como representante, se convirtió en el coordinador de actividades internacionales de salud cuyas reuniones tenían su sede en la isla y, estableció a nivel personal una relación muy estrecha con los líderes de la Revolución Cubana, comenzando con la amistad con Fidel, quien, como experto en salud y educación médica, siempre fue un visionario sobre el papel que los futuros médicos cubanos podrían jugar en el campo de la solidaridad internacional con muchos pueblos del mundo, particularmente en África y América Latina.

Su libro “Encuentros” muestra sus acciones como un hombre visionario, de ideas revolucionarias con las que nunca claudicó, docente ejemplar, compañero solidario, constructor, trabajador permanente a cuya capacidad sumó la de notable escritor. Buen esposo, buen padre. Hombre excepcional, laboraba diariamente de catorce a dieciséis horas y continuaba trabajando durante las comidas. Su compañera Libia Victoria y él eran inigualables anfitriones, que ponían, junto con la mejor sazón, su rica y erudita charla. Miguel, seguramente en las pocas horas de su sueño, continuaba soñando sobre el trabajo.

Una de las más destacadas cualidades personales de Miguel fue su honradez ideológica. Nunca se alejó de su ideario político marxista; fue fiel al mismo, incluso en los escenarios y tiempos más difíciles. Como se encariñó con Cuba, de ella hizo su segunda patria. Su biblioteca personal es otro ejemplo de su trabajo dedicado y minucioso por su afición de bibliófilo sorprendente e insigne, para lograr una colección selecta de libros y documentos sobre la salud latinoamericana. Su libro “Encuentros”, obra monumental, rigurosamente documentada, es un admirable aporte académico e histórico, tomando, del rico arsenal de su propia mencionada biblioteca, las fuentes primarias y secundarias coleccionadas.

Agradecemos a la vida que nos haya permitido el honor de ser alumnos, compañeros, amigos de este ser humano extraordinario, innovador permanente, líder indiscutible, trabajador infatigable. Fue un revolucionario a carta cabal. Recibió las más altas preseas en Cuba y Ecuador, la última como “Héroe de la Salud” en 2004. Su notable inteligencia, su pasión por el trabajo y servicio, su liderazgo en la formación de recursos humanos para la salud latinoamericana le colocan en un sitio histórico en el Ecuador y en la Patria Grande. Es un referente de vida y, como tal, uno de los médicos ecuatorianos más reconocidos internacionalmente. A partir del 3 de febrero de 2014 se transformó en un compatriota inmortal, y los seres inmortales continúan siempre dando lecciones y ejemplos.



Editoriales y notas



Miguel Márquez junto a Plutarco Naranjo, Georgina Carillo, Rodrigo Fierro y José Gómez Lince, en el Congreso Nacional por la Salud y la Vida, 2002.

Redoble por Miguel Márquez

Rodrigo Fierro Benítez

El Comercio, Quito - Ecuador, 06 de febrero de 2014

De esas penas que a uno le duele el corazón: el fallecimiento de Miguel Márquez. Una amistad de más de media vida con el médico cuencano que un día apareció en Quito para hacerse cargo de la Secretaría Ejecutiva de la Asociación de Facultades Ecuatorianas de Medicina, AFEME. Ya con familia, llegaba a un ambiente desconocido a enfrentarse a los desafíos que suponía poner en marcha un organismo del que se esperaba prodigios partiendo de cero. Vino a verme con la recomendación de su hermano Rómulo, mi condiscípulo en el tercer curso del Colegio Borja de Cuenca y con quien mantenía relación pese a los años transcurridos.

Conforme le fui tratando iba descubriendo en Miguel cualidades poco frecuentes: incansable en el trabajo, siempre cálido y optimista, con ese su gesto inolvidable del conspirador que compromete voluntades y lealtades.

Fue quien dirigió AFEME en su época de oro. Eran también los tiempos luminosos de la Organización Panamericana de la Salud, OPS, cuando su titular Abraham Horwitz iba reclutando en los países del continente lo más valioso de quienes se habían comprometido con la salud pública, Miguel Márquez entre ellos.

En Washington, en la sede de la OPS, el dr. Márquez hizo carrera y se le vio ascender a puestos de dirección. Fue cuando, por sus gestiones y empeños, los ecuatorianos también existíamos para ser tomados en cuenta como asesores en misiones de importancia en los países americanos. Hasta entonces, tan solo a chilenos, argentinos y colombianos se los veía por todas partes.

Fue el inicio de la presencia ecuatoriana, en la proporción que nos correspondía, en un organismo continental de prestigio. La clase médica y el Gobierno de su país reconocieron sus méritos: fue elegido uno de los cinco Héroes de la Salud Pública de Ecuador.

Debieron darse razonamientos que no se me escapan y circunstancias que desconozco las que le llevaron a Miguel Márquez a constituirse en la figura destacada de una posición de izquierda en las filas de la OPS. Con el triunfo de la revolución sandinista, el dr. Márquez pasó a ser el representante de la OPS en Nicaragua, país devastado por una guerra civil, epílogo de un régimen de oprobio como fue el de los Somoza. La labor desplegada por el ecuatoriano dr. Márquez llegó a constituirse en un paradigma, reconocido por todos. A poco del triunfo de la revolución, fui invitado por Miguel a que palpara la realidad nicaragüense.

También como representante de la OPS, el dr. Márquez pasó a Cuba hasta su jubilación y ahí se quedó, apreciado y respetado; generoso hasta no más: su casa (era) la de los ecuatorianos que pasaban por La Habana.

Con Edmundo Rivadeneira y Reinaldo Miño, Miguel Márquez es de aquellos amigos del alma, inolvidables, en los que más allá de las diferencias ideológicas se imponen los afectos y los respetos.

El dr. Miguel Márquez sirvió a la Facultad de Medicina con gran idealismo, en contraposición a otros apóstatas que se sirvieron de ella y de la profesión con desmedida gazuza de billusos. ¡He ahí la diferencia!

Muere el “Héroe de la Salud”

Edgar Pesántez Torres

El Comercio, Cuenca - Ecuador, 18 de febrero de 2014

La autenticidad en el arte de la belleza y de la vida es la que salva al hombre de las inequidades terrenales y de los errores ingé-nitos. La autenticidad es el alma de la honradez de una personalidad madura, porque la desnudez es más hermosa que el *per sonare* del circo romano que enmascara el papel por cumplir, una careta fingida e hipócrita que tiene a identificarse exclusivamente con el papel de los demás falsarios.

Por esto que la honradez intelectual es la más valorada aquí, allá y acullá. Todos aprecian la honestidad por ser la cualidad cimera de los valores humanos, aquella que pertenece al acervo cultural individual regulado luego por la sociedad en la que se vive, o sea, es contemplado primero por la moral personal y luego por la convencional.

Un ser coherente es aquel ciudadano auténtico y por lo tanto honrado. A este hombre hay que enaltecer como ejemplo permanente para las renovaciones. Entonces, apreciados contertulios, permítanme una breve glosa de la vida y la obra de un hombre auténtico que acaba de tributar con su vida a su antípoda, la muerte: Miguel Márquez Vásquez. Fue un morlaco por antonomasia, nacido en la mitad del siglo pasado de una familia distinguida.

Muy pronto se impregnó en él la rebeldía y la percepción de la injusticia que se daba en la sociedad. En sus estudios universitarios fue descubriendo los gérmenes patógenos del individuo y la sociedad. A poco tiempo de egresado desafió los albures sociales, culturales y económicos y salió del país para especializarse en Histopatología. A su retorno se unió con otro ejemplar doctor de su especialidad, don Leoncio Cordero Jaramillo, y juntos emprendieron una tesonera labor investigativa. Los dos fueron humanistas y humanitarios, que vieron a la sociedad desde ideologías opuestas, pero comulgaron en la *praxis* con solidaridad y compromiso conociendo la realidad nacional, las enfermedades, las inequidades e injusticias sociales y dando respuesta a ellas.

Una vez profesor en la Facultad, revolucionó conceptos y prácticas instituidas. Con su visión de socialista utópico emprendió con hechos concretos: formó los primeros núcleos de Alcohólicos Anónimos, inauguró el primer Centro de Salud Universitario en Peraspata, fue pionero en la extensión universitaria, promovió con el dr. Cordero Jaramillo las famosas reuniones clínico-patológicas, CPC, de casos más embarazosos del hospital. Podemos decir que con el dr. Márquez se inaugura una nueva cosmovisión de la medicina.

Cuando decano, impulsó una malla curricular en la que se incluyeron asignaturas humanísticas, algunas criticadas por el *statu quo* y que deplorablemente más tarde fueron desviadas a enseñanzas dogmáticas. Empero, no se puede negar que dejó una huella indeleble en los nuevos conceptos de la educación médica.

Su gestión en la Facultad fue truncada cuando sus colegas del país lo delegan a la naciente Secretaría de AFEME, desde donde estimuló la creación de la Medicina Rural. Su valioso trabajo es mirado desde el exterior y es llamado como asesor de la OPS en Centroamérica y el Caribe, para luego pasar a Cuba a cimentar el proyecto revolucionario en materia de salud hasta su muerte. Ha recibido muchos reconocimientos, entre ellos de “Héroe de la Salud” por la OPS y Profesor Honorario de la Universidad de Cuenca. El dr. Miguel Márquez sirvió a la Facultad de Medicina con gran idealismo, en contraposición a otros apóstatas que se sirvieron de ella y de la profesión con desmedida gazuza de billusos. ¡He ahí la diferencia!

Boletín de la Embajada Ecuatoriana en Cuba

Edgar Ponce Iturriaga

Embajador del Ecuador en Cuba, 2014

Con profundo dolor recibimos la noticia de la pérdida física del prestigioso médico ecuatoriano, radicado en Cuba, doctor Miguel Márquez Vázquez. Luego de una vida al servicio de la medicina, falleció en La Habana que tanto amó, a la edad de 80 años, quien ejerció como decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Cuenca, antes de integrarse a la Organización Panamericana de la Salud, OPS, en la que sirvió al continente entero en el tema de la medicina social.

Consternados transmitimos nuestras más sinceras condolencias a su familia, sintiéndonos parte también de la vida de ese hijo de la tierra ecuatoriana, pero amigo entrañable de la nación cubana, de su pueblo y sus líderes.

Importantes contribuciones hizo Miguel Márquez a la medicina y a la política del continente, a través de sus libros y textos que aportan significativamente a la historia latinoamericana.

Su volumen “Razones para la deslegitimación ético-axiológica de la globalización neoliberal”, pone al descubierto las profundas transformaciones ocurridas en el continente en la última década, a través de una valiosa compilación del pensamiento de líderes mundiales como Fidel Castro, Hugo Chávez y Rafael Correa.

El doctor Miguel Márquez Vázquez nació en Cuenca, Ecuador, el 23 de marzo de 1934. Estudió Medicina en la Universidad de Cuenca y se graduó de médico en dicha universidad, y luego obtuvo el grado de Maestría en Anatomía Patológica en la Universidad de Antioquia, Colombia. En 1979 fue designado representante de OPS/OMS en Nicaragua, cargo que desempeñó hasta 1989. Desde ese año, y hasta 1996, cumplió iguales funciones en Cuba.

Desde 1998 hasta 2008, Márquez fungió como consultor especial del PNUD/Cuba. Participó en más de cincuenta reuniones

internacionales en el campo de la salud, la economía, la planificación y las políticas sociales. Dentro de su vasta obra científica, resulta relevante la elaboración de más de sesenta trabajos y documentos técnicos en temas como recursos humanos, salud pública y cooperación externa. Autor o coautor de más de una treintena de libros, Márquez fue director y administrador de ocho publicaciones periódicas, y miembro de los consejos editoriales de dos revistas internacionales.

Por su trabajo en el área de la salud y la medicina social recibió más de cuarenta condecoraciones, entre las que resaltan Héroe de la Salud Pública de Ecuador, en 2002, y la Orden al Mérito Científico Carlos J. Finlay, otorgada por el Consejo de Estado y de ministros de la República de Cuba, en 1996. Fue profesor y Decano Honorario en cinco universidades latinoamericanas. En el año 2012 la Universidad de la República Oriental del Uruguay le otorgó el título de Doctor *Honoris Causa*.

Dentro de sus múltiples responsabilidades y su infatigable labor a favor del bienestar de los pueblos, el doctor Márquez siempre encontró espacio para atender a su familia, a su esposa e hijos, a quienes nos unimos hoy, totalmente emocionados ante esta irreparable pérdida. Todavía están frescas las imágenes de la visita que el presidente Rafael Correa, a solicitud nuestra, le hiciera al doctor Márquez, en la institución médica habanera donde se encontraba hospitalizado. El pasado 29 de enero, el doctor Márquez fue inmensamente feliz al estrechar la mano del líder de la Revolución Ciudadana. Dialogaron como viejos amigos, con el convencimiento de que Ecuador cambió para siempre y que el pueblo despertó de una conciencia que la oligarquía había pretendido secuestrar.

Emblemática fue también la amistad del doctor Márquez con el comandante Fidel Castro, líder histórico de la Revolución Cubana. En múltiples ocasiones, Fidel visitó al doctor ecuatoriano en su residencia habanera, y le ratificó la gratitud por su amistad incondicional, sobre todo en los tiempos más difíciles vividos por Cuba en la década de los noventa, durante el llamado Período Especial. Los cubanos jamás olvidarán el apoyo de Márquez, no solo con medicamentos que contribuyeron a paliar las carencias, sino con afecto, con amor, con sincera solidaridad. En todos los escenarios internacionales, y desde su propia profesión, Márquez rechazó categóricamente el bloqueo

impuesto a la Isla por sucesivas administraciones norteamericanas. Con su partida física, Ecuador y Cuba pierden a un hombre excepcional, defensor de la justicia y el bienestar de los pueblos.

Me despido de un amigo y compatriota, ejemplo para las presentes futuras generaciones de revolucionarios, porque como le dijo hace unos días el presidente Correa: “Márquez es uno de los indispensables”.

Hasta siempre, entrañable compañero. Con nuestra actitud digna honraremos eternamente tu memoria.

Para la composición tipográfica de este manuscrito se usó Alegreya y Archivo.

Producido e Impreso en el Centro Editorial UCuenca Press
con un tiraje de 150 ejemplares.

Cuenca, Ecuador
Junio, 2024



La segunda edición revisada de *Miguel Márquez en nuestra memoria* es una invitación a adentrarse en la vida y legado de un cuencano que dedicó su existencia a las causas sociales en el ámbito de la salud desde la Facultad de Medicina de la Universidad de Cuenca hasta cargos en el gobierno y dentro de la Organización Panamericana de la Salud. Este libro recorre los hitos profesionales de Miguel Márquez, pero también revela, a través de las voces de colegas y amigos, las historias cotidianas, las anécdotas y la visión política que marcaron su camino.

Cada página nos acerca a la figura del "Masho", como cariñosamente lo llamaban, y nos permite entender su incansable lucha por el bien común y su rechazo al rol de "intermediador burocrático". Miguel Márquez (1934-2014) es un referente de la Medicina Social tan importante y necesaria en América Latina, él es parte de un grupo destacado de galenos que trabajó con sabiduría por la equidad en su campo de acción.

Invitamos a descubrir en estas páginas la profundidad de su impacto y a inspirarse con su ejemplo. Esta obra es un homenaje y un recordatorio del verdadero sentido de servicio y humanismo de una profesión clave en el desarrollo colectivo.